

BRENDA LOZANO
TODO NADA

TUSQUETS
EDITORES

A Jesús (1924-1996) y a Jujú (1923-2008)

A partir de un cierto punto ya no hay vuelta atrás.

Hay que llegar a ese punto.

Franz Kafka

1

Mi angustia produce obras maestras.

Despierto. Despierto con el impulso de empacar. Me levanto de un salto. Arrojo ropa del clóset a la cama. Busco una maleta en el clóset y de golpe cae. Cae de golpe el sueño, dejo de buscar la maleta. He soñado con una llamada telefónica. Pero no, no cualquiera. Una llamada en la que el abuelo me invita a París a una de sus conferencias. (No tienes de qué preocuparte, no tienes que responder a las preguntas de los médicos. Es suficiente con que me acompañes al auditorio. Después de mi conferencia podremos pasear, prometo que no invitaré a las viudas que seguramente me buscarán. Te llevaré a cenar al mejor restaurante, te llevaré a los mejores lugares, ya verás. Anda, empaca que paso por ti en diez minutos.) Cuelgo el teléfono y despierto. En ese orden, en medio de este desorden.

El abuelo se quitó la vida un domingo por la noche. Tenía setenta y dos años. El próximo domingo, el domingo que viene, se cumple un año de su muerte. Nunca entenderé al abuelo y menos entiendo por qué hizo esta llamada. Esta llamada telefónica desde otro lado, no este lado.

Dios no revela nada, prueba de ello era el abuelo, que era un signo de interrogación. Además le permite usar el teléfono, tan campante, desde el otro lado. ¿Justificar a Dios? Así como los hombres salen de Sus palabras, muestra diaria de Sus desatinos, del mismo modo, y no con menor magia, el abuelo desconcierta con sus palabras incluso luego de su muerte. ¿Justificar la llamada del abuelo? Soñar vivo a un muerto es lo mismo que conversar con un esqueleto en el consultorio de un médico. Entender, de una buena vez, a Hamlet. Menuda la situación de sostener un cráneo en la mano y no pronunciar un monólogo extenso. Quizá la ausencia, la ausencia de alguien querido, es el título de cualquier discurso dirigido a la pared.

Haber soñado con el abuelo no es novedad. No es novedad que dé vida al que se fue. Pero seguir sus órdenes, sacar ropa del clóset, buscar una maleta, es una penosa novedad. Tal situación es la evidencia de que actúo movida por una ausencia. Su ausencia no es cualquiera. Obedecer al abuelo, como un perro al que lanzan un palo y corre disparado, es penoso, es novedad. Es, sobre todo, penoso.

Luego de la muerte del abuelo, luego de despedirme incontables veces sin irme, cada vez entiendo menos. ¿En qué momento se supone que uno entiende que alguien se ha ido? ¿En qué momento uno se despide sin volver? Sueños como el de hoy muestran que las peores pesadillas no son éstas en las que atestiguamos la muerte de un ser querido; por el contrario, en las peores respondemos una llamada telefónica. Si el sueño es el descanso que nos ha sido concedido y a la vez es una sala de cine donde observamos nuestros temores más agudos, ¿a qué hora se

supone que se puede descansar de uno mismo? ¿Se puede descansar de uno mismo?

Queda contar, contarlo otra vez. Sueño que el abuelo me invita a París, me levanto de la cama para empacar y recuerdo que el abuelo murió hace un año. Volver a contar y acercarme a la incertidumbre. Sueño que volveré a ver al abuelo y no. Sueño y no porque lo he creído. He creído que lo vería en diez minutos. Carajo, la angustia no tiene límites. Despertar, por ejemplo, debería ser considerada una obra respetable. O ¿a quién le resulta más asombroso observar un cuadro de Jackson Pollock que despertar?

Con lo que soy capaz de hacer en nombre de la angustia podría exponer las obras suscitadas. Podría exponer, por ejemplo, los retratos hablados del abuelo. Nunca narro lo mismo y siempre narro lo mismo. Retratos distintos, retratos inciertos, retratos tan movedizos como el pasado. Narrar tantas veces lo mismo es el camino para alejarse de la realidad. Allá, lejos, lejísimos, estoy. Y así, lejos de retratarlo, hablando de él sin que nadie me provoque, cada vez que hablo de él me pregunto lo obvio. ¿Se parece lo que cuento del abuelo al hombre que realmente fue? Pregunto lo obvio todos los días, respondo lo obvio sin que me pregunten. De hecho, estoy un paso adelante: respondo, cuento de él una y otra vez, sin que me pregunten. Me alejo cuando me acerco a retratarlo. Tal vez porque al hablar de él intento responder lo obvio. ¿Cómo le hizo para irse y seguir aquí? ¿Está aquí o allá? Querer responder como si las respuestas fuesen la llave de su consultorio. Respuestas que parecieran abrir la puerta y encontrarlo sentado en su trono. Pero cualquier pregunta, sabemos, es una puerta cerrada. Podría exponer mis retratos hablados del abuelo. Podría exponer sus peores chistes. Podría exponer sus sentencias venenosas. Podría exponer sus insultos. Podría exponer los boleros de Daniel Santos que cantaba cerrando los ojos o los licores con tres hielos que le gustaba tomar después de comer. Podría exponer mi angustia luego de su muerte. Podría.

A veces pienso que, de ser posible, mi angustia se rodearía de artistas. Brindaría con ellos, se doblaría de risa. En una cantina, digamos, mi angustia contaría sus mejores chistes, sus mejores anécdotas. Hablaría de sus mejores trabajos. Sería gran amiga de cualquiera. Amiga de cualquiera a la altura de sus trabajos. Sus trabajos geniales que son mis actos más estúpidos.

Cuando trato de negociar con la ausencia del abuelo no me quedan más que ladridos. Como los días confirman que el que se fue no se va del todo quedan los ladridos. Él se fue y no se fue. No sólo no se va sino que aparece en un sueño. Un sueño que me hace creer otra cosa, otra vida y otro sueño. Despierto con el impulso de empacar y empaco. Creo por un momento que el abuelo ha regresado del túnel exhausto, maldiciendo lo lejos que está la luz y lo cerca que está París.

Descolgar ropa, buscar una maleta. Penosa novedad. Si editara un periódico en mi departamento, la primera plana de esta mañana habría rezado: «El abuelo sigue muerto». Noticia de última hora. Noticia y novedad. Novedad, penosa novedad, como cualquier novedad. El próximo domingo se cumple un año de su muerte. Y el próximo domingo cumplo dos meses de terminar con José. Se cumple un año y se cumplen dos meses el mismo día si es que eso es cumplir algo.

Despertar. Lunes. Despertar otro lunes. Probar otro día que soy un perro que quiere que a alguien se le escapen unas palmadas. Probar otro día y no quererlo probar. Probar, sobre todo probar, que cada día hablo menos y ladro más. Lunes. Despertar.

3

Allí donde se instala el placer

se acomoda, con permiso, con permiso, el dolor.

Luego de un mal sueño, la he pasado leyendo. Cuando me viene en gana, asisto a clases de literatura en la Universidad Nacional. No trabajo, no tengo oficina. ¿Justificaría el nacimiento de mis padres si hoy en lugar de leer hubiese asistido a una oficina a redactar correos y hacer llamadas? El abuelo, como cualquier muerto, no responde. Pero responde aquí al lado. (Dime en qué trabaja un hombre y te diré cuál es la idea que tiene de sí.) No sigas abuelo. Aquí al lado no sigas porque a partir de hoy decreto que la lectura es un género literario y un género literario es un quehacer, como el de un médico. Basta. No trabajo y punto. No trabajo y tampoco hablo contigo. No te hablo a ti. ¿O sí? Me acuerdo de él ahora que no está. Me acuerdo de él, estoy con él.

Me cuenta una y otra vez el día que la abuela lo dejó por un pediatra mediocre. (Caray, un pediatra mediocre es razón suficiente para que los hombres dejen de reproducirse. No querrán tener un hijo como él, y si lo tienen no querrán que un pediatra mediocre lo atienda.)

Hacía dos años que ella había decidido pasar el resto de su vida, lo que le quedara de vida, con un hombre que le hiciera compañía. Compañía que no era la del abuelo. Él tenía sesenta y nueve años cuando ella lo dejó. Estaba en la cúspide de su carrera. Impartía conferencias en todos lados, le rendían homenajes por aquí y por allá, recibía reconocimientos de todo tipo, aplausos aquí y allá. En ese tiempo el Hospital General del Centro Médico Nacional le había pedido su nombre prestado para las instalaciones. María Nassar lo había dejado dos años atrás y él se dedicó de tiempo completo a su carrera y, de paso, a recibir reconocimientos. Aunque estaba seguro de que se trataba de un malentendido ignominioso, la pasaba bien, bastante bien, en el centro del malentendido.

Contra lo que pueda creerse del sentido del humor de los médicos, cuyas bromas suelen ser tan incomprensibles como su letra manuscrita, el abuelo tenía un sentido del humor estupendo. De manera que la revisión de su carrera prestaba también el escenario al anciano carismático. Un anciano carismático por huraño. Era carismático, huraño incurable, pero esto no le hacía gracia a su mujer.

Escuchar a María nunca me sedujo, pero alguna vez, mientras esperaba al abuelo en su estudio, dijo que su esposo era un candil de la calle que no alumbraba su casa. Desde su punto de vista, imagino, no le dedicaba suficiente tiempo. El trabajo era su día a día. Más casa el hospital y más cercano Óscar, su amigo desde los tiempos en la facultad. Pero guardaba la esperanza de que cambiara, de que con la edad le dedicara más tiempo. Pero ¿puede alguien cambiar con la edad? El abuelo, por el contrario, llegó a sus extremos. Extremos que su mujer no calculó. Pasaba cada vez menos tiempo en su casa. Dormía en el consultorio

entre apuntes y libros, por la mañana la llamaba por teléfono para recitarle fragmentos de Proust. El abuelo leyó, con las intermitencias de su mujer colgando el auricular, Por el camino de Swann, de pe a pa. ¿Por qué carajos hizo eso? Ya he dicho que era un signo de interrogación. Hasta que María, harta, le llamó al consultorio para decirle que se iría de la casa.

Me cuenta cien y mil veces la llamada telefónica de la abuela. Cuenta que lo llamó al despacho para decirle que se iría con un hombre que quería compartir la vida, lo que le quedara de vida, con ella. Que llamaba también para decirle que le dejaba en el refrigerador, en un recipiente de vidrio, un guisado. En el recipiente de tapa azul cielo, no verde pistache, pues en el recipiente de tapa verde había arroz. Habla de las tapas de colores que la abuela usaba para distinguir la comida pese a que los recipientes de vidrio asomaban su contenido. Habla del guisado en el recipiente de tapa azul cielo. Un guisado que tanto le gusta, uno que ella preparaba mal. Demasiada sal, dice. (Tu abuela tiene una relación patológica con el salero. Tan salada, tanta sal que el suyo es un caso clínico. Si tiene un salero cerca le tiembla la mano derecha. Tiembla de ansiedad hasta que vacía el salero en el plato más cercano. Qué salvación, Emilia, pudo matarme con tanta sal. ¡Imagina la humillación! Murió el médico general, el especialista en gastroenterología, el hepatólogo dedicado porque comió un guiso de su mujer.)

En un restaurante me cuenta esto. No pide nada de comer, pero fulmina los guisos de la abuela, pulveriza al pediatra. Con cuchara en mano, sosteniéndola como si fuera un garrote, amenaza con sus frases. Es claro: con esa rabia un joven podría atravesar el océano y destruir Troya. Es igualmente claro que destruiría esta ciudad con una cuchara si ello le regresara a su mujer.

Habla de la sal en el organismo. La sal es mala para la salud, entiendo, pero ya sabe que nada entiendo de términos médicos. Entiendo que, con su fervor, rompería todos los saleros del mundo. Pide a un mesero que nos retire el salero al tiempo que le regala un sermón. Los sermones de este médico son siempre cortesía de la casa. Pide al mesero que tome con cuidado esa arma letal, al tiempo que pienso: ¿éste es el tipo con el que comparto nombre y apellido? No lo dije antes pero éste que pide que tiren los saleros del restaurante se llama Emilio Nassar; y Emilia Nassar quiere que, de paso, lo tiren a él también.

Hablaba demasiado. Habría sido más fácil frenar el mundo que frenar sus palabras. Pero importa lo que no dijo. Más revelador su silencio; y las frases que decía, en todo caso, cuando nadie lo escuchaba. El abuelo caía, caía en silencio, igual que una piedra al fondo de un lago. La profundidad de su caída podía medirse por aquello que dejaba de decir, las cosas que dejaba de hacer. Dejaba de hacer una y otra cosa. Dejó, por ejemplo, que su mujer se fuera, asunto que antes habría impedido con un bate. Dejó de ver a sus hijos. Se alejó, dejó que se fueran. Dejó

de comer. Fue retirando uno a uno los alimentos. Entró en un régimen alimenticio para quitarse la vida a los setenta y dos años.

Su suicidio no fue un arrebató. No era un adolescente desesperado, no era un hombre endeudado ni un actor sucho frustrado. El presidente honorario de la Organización Mundial de Gastroenterología hacía lo que quería y moriría cuando sus tripas quisieran. Supo cómo hacerlo. Supo cómo hacer para que no pareciera lo que fue, para que su muerte pareciera natural, pues no habría querido que nadie narrara su final tal como fue.

Su carácter no le habría permitido morir como muere un anciano al que le cambian los pañales. No dejaba a otros tomar decisiones, mucho menos dejaría que la vida tomara una decisión por él. Además, Emilio Nassar y la medicina tenían relación. Una relación larga, una relación estrecha. Pero ¿se puede comprender por qué alguien decide dejar de golpear?

Empezó su dieta el día que me llamó para invitarme a un restaurante. El día que me contó mil cien veces la llamada telefónica de la abuela. El día que despotricó contra el pediatra y contra el salero. Ese día que le pidió a un mesero que se llevara el salero, retiró la sal. Tenía que empezar con algo. Fue retirando paulatinamente una y otra cosa. Vertió su conocimiento para ponerse fin. Volteó los papeles: él decidiría cuándo, no la vida. Invirtió los papeles: la medicina estaría a favor de su muerte. Quería callar de una vez por todas. Tal vez porque el dolor sucede al placer con la misma seguridad con que la muerte sigue a la vida.

5

Nadie quiere verse a sí mismo.

Por eso, y por fortuna, existe el otro.

A partir de ese día, el día que el abuelo retiró la sal de su dieta, empecé a llevarme muy bien con él. Conversé con ese gastroenterólogo como nunca antes. Luego de ese día nos vimos cada vez más. Ese día fue un reencuentro y un encuentro. Pero más adelante regresaré a lo que siguió con el abuelo. He probado qué fácil, sin que me pregunten, hablo de él. Y, fácil, también hablo de José. Del principio con José hablaré.

Pasan dos meses desde el entierro del abuelo. Me instalo en el departamento que generosamente me regaló. Saco libros de unas cajas de cartón. Despego la cinta canela de las cajas. No tengo nada, no tengo cama, no tengo muebles, pero cuántos libros tengo. Las cajas parecieran no tener fondo. La cifra de libros, como cualquier cifra numerosa, es vulgar. Desisto. No alimentaré la vulgaridad sacando más libros de las cajas, quiero que sirvan modestamente de algo. Que sirvan: selecciono libros gordos para hacer una cama. Ordeno en mi cuarto la colección de clásicos del abuelo que hoy quiere ser una cama. Ya lo escucho farfullando. (¿Esto haces con mi biblioteca? ¿La biblioteca que te heredé, una que formé a lo largo de sesenta años, te sirve de cama, excreción mía?) Tiento mi instalación acolchada de libros, mi cama, como si fuese un vendedor tratando de convencer a un cliente.

Suena el teléfono. Llevo dos meses sin atenderlo. Se me ocurre algo genial: contesto. Un amigo me invita a una fiesta en su casa. Se me ocurre lo ordinario: me escabullo de mi departamento. Veo algunos conocidos y veo, sobre todo, desconocidos. Me basta un vodka para hablar en contra de la ambición, en contra de los lujos. Me basta un vodka y un desconocido para decir que la ambición es el nacimiento del fracaso, que el dinero es el origen de la fealdad. Mi amigo llega, me pregunta cómo he estado estos dos meses. No cambio de tema. Qué ruin, qué vulgar aquel que busca lujos. Muebles lujosos, por ejemplo, para un departamento. Los libros, acomodados de cierto modo, pueden ser la cama más cómoda. Pero allí, en el sillón de enfrente, está él. Él, que no sé quién es y que pareciera escuchar mi discurso sobre la utilidad de los libros. Él, sentado, con un tequila en mano. Sentado sin pronunciar palabra. Cruzamos mirada. Envidio a los mudos. Elogio su silencio y callo. Callo, pienso en los muebles que construiré con libros. Pienso: te sorprenderías, abuelo, de las utilidades de los grecolatinos. ¿A quién engaño? Pienso en él, sentado, bebiendo tequila.

Otro vodka me da el valor de un héroe griego para sentarme a su lado. Tengo el coraje necesario para elaborar una mitología, pero hago una frase que se conformaría con su atención. Mi frase y yo fracasamos. Mi frase: un caballito de paja, minúsculo caballito, que quería ser mayúsculo para llegar a él. Apenas me mira, termina el tequila de un trago, se levanta, va a la cocina. Escucho al viejo. (Todo un siglo y sus pensadores para construir una ciudad, pero basta un minuto para

destruirla.) Me sumerjo en el silencio. Él regresa, regresa con más tequila. Se sienta a mi lado.

Intercambiamos pocas palabras. Quisiera decir algo más pero no lo hago. Mi timidez victoriosa. Quiero hablar más con él pero me da vergüenza. No sé qué decir. Me voy ahora, sin palabras, como llegué. De camino a mi casa, desintegro la ilusión de compañía. Desintegro, ojalá trajera un cuerno de chivo, a las parejas en la calle. La estúpida ilusión de compañía. La ilusión y la estupidez son palabras sinónimas. La compañía y yo somos antónimas. Entro al edificio, azoto la puerta: un balazo frustrado. Entro a mi departamento. Duermo encima de Platón, Hesíodo, Esquilo, Eurípides y Terencio. Sócrates, quien no escribió ni su nombre, es mi almohada.

Despierto, pareciera que los libros se han multiplicado. Pareciera que Emilio Nassar, por pasatiempo, ha traído más libros mientras yo dormía. Lo extraño. Hojeo sus libros. Ojeo los libros como si entre las páginas pudiera encontrar alguna nota al margen que diga que todo va a estar bien. Pero en sus libros como en la vida no hay notas al margen.

Suena el timbre. No lo creo pero es él. Dice que se llama José, que nos conocimos ayer. Abro la puerta, trae un libro. Me entrega el libro, apenas lo tomo y explica. Explica que quiere contribuir a la formación de los muebles de mi departamento. Se disculpa por haber investigado mi dirección, por haber llegado inesperadamente. Yo, que la noche anterior habría construido un reino para intercambiarlo por un caballo, digo que estaba a punto de salir, que corre con suerte. Lo invito, acepta.

Platicamos. Cae la noche, la noche cae. Lo invito a cenar. Pido comida a domicilio. Los jóvenes hablan y nosotros somos jóvenes. Conversamos pero, sospecho, queremos hacer lo que dos jóvenes hacen en un departamento. Dos jóvenes en un departamento se acuestan. Para eso existen los departamentos y los jóvenes. Pero no, hablo del abuelo, habla de su madre, una profesora de literatura de la Universidad Nacional que murió hace algunos años. El abuelo estudió medicina en la Universidad Nacional y yo asisto a clases en la Facultad de Filosofía y Letras. Voy por cervezas al refrigerador. Brindo por la Universidad Nacional y brindo, para mis adentros, para que la alma máter nos lleve pronto a la cama. ¿Cómo lo digo? José me gusta, me gusta tanto que temo acercarme.

Con este entusiasmo podría volver a empacar los libros en un minuto. No sería poca cosa, pero antes de que lo intente dice que tiene que irse, que tiene que corregir un texto para el suplemento. Me entero que trabaja en un suplemento cultural. Antes de que se vaya le pido un minuto, voy a mi cuarto. Quiero revirar el libro que me trajo. Escojo un libro de la biblioteca del abuelo, es decir, una esquina de mi cama. Pienso varias dedicatorias, me toma quince minutos llegar a la definitiva. Para José, de quien siempre huye y que también de ésta escapará. Tacho, gran mentira. Para José, de quien quiere acostarse pronto con él. Tacho, gran verdad. Para José, quien con este día justifica

todo desde el Big Bang. Tacho, bang, mentira. Mis intentos de dedicarle un libro se derrumban encima de mí. Para José, con cariño. Le entrego el libro.

José lee mi dedicatoria y me abraza. En silencio me abraza. Me abraza y lo abrazo. Lo abrazo y me besa. Me besa, lo beso, nos besamos. Nos besamos, nos dejamos caer al piso. En el piso nos besamos. Nos besamos, nos tocamos, nos besamos.

Te sorprenderías, abuelo, de cuánto se parece la vida a las novelas de medio pelo que tanto insultaste. Te sorprenderías de cuánto se parecen los meses que pasé con José a las novelas que tanto odiabas. Pero ¿escribo al abuelo? ¿A quién escribo? Me dirijo a él, el abuelo, y me dirijo a él, José, porque éste es el único modo que tengo de dirigirme a mí. Tal vez porque quedan las palabras para quien deja que otro se vaya. Porque dejamos que alguien se vaya para recordarlo, como nos vamos para ser recordados. Acaso porque amamos para que nos amen como abandonamos para que nos abandonen.

7

Cuando estoy aquí quiero estar allá.

El abuelo lleva una semana llamando diariamente. A una semana de reencontrarme con él, me pregunta si me ha hablado de su primer amor. Tantas veces me ha contado acerca de la maestra que le enseñó a leer que no podría hacer un inventario. La historia de su primer amor no es novedad, pero es novedad que lo repita y yo le preste atención.

El abuelo no perdía ocasión, de veras no perdía ocasión, para subrayar su larga historia, para subrayar cuánto tiempo había pasado en la ciudad de México. Pasar al lado de cualquier parque, camino al restaurante donde me contaría otra vez de su primer amor, era suficiente para que hablara de su remoto pasado. (Mi padre era un hombre duro y acerado. Tan duro, tan severo que nunca me abrazó. Pero, caray, el día que me enseñó a andar en bicicleta, justo en un parque como el que recién pasamos, encerré a mi padre en un callejón. Era un chamaco, Emilia. Caí varias veces, caí cuan largo, con todo y bicicleta. Mi padre, furioso, me levantaba del suelo. Me sacudía los pantalones cortos, me daba unas palmadas bruscas, levantaba la bicicleta y volvíamos a empezar. Como si no hubiese aprendido nada, apenas despegaba los pies del suelo y caía. Él me levantaba y yo me prendía a él. Lo abracé contra su voluntad. Mi padre no quitaba el dedo del renglón: me enseñaría a andar en bicicleta porque quería observar el resultado de su enseñanza. Yo tampoco quitaba el dedo de otro renglón: caería mil veces, lo abrazaría mil veces para demostrarle que se haría mi voluntad. Después de todo no pasaba nada si lo abrazaba. Pero ése fue el único día que le demostré que se haría mi voluntad de ese modo. Era un chamaco, pero no era un imbécil.)

El pasado del abuelo era un botón sensible, uno podía presionarlo sin darse cuenta. Y él, sin darse cuenta, multiplicó los botones que encendían su pasado. Dicho de otro modo: cerca de él se era un perro en una cristalería, no había modo de esquivar las copas. Tampoco había manera de frenar los sermones del abuelo que empezaban desde las civilizaciones antiguas. Había, pues, que andarse con cuidado.

Alguna vez, por ejemplo, lo acompañé a una cátedra en la Universidad Nacional. Emilio Nassar desarrolló una técnica para determinar las bilirrubinas séricas, debía presentarla. Pero no habló de eso, demostró su inconformidad ante los conocimientos clásicos de la medicina. (¡Esas viejas raíces francesas!) Criticó las ideas de moda. (Hay que volver a Tucídides: son los hombres, no las paredes, los que construyen los hospitales.) Huelga decir que no tocó el tema que era el motivo de su cátedra. El abuelo bien pudo comenzar así: me pidieron que hablara de la técnica para determinar las bilirrubinas séricas, pero les hablaré de mí. Eso hizo. Habló de su experiencia, su trayectoria en la gastroenterología. El abuelo se iba por las ramas. Aquel rasgo, contra lo que podría pensarse, le daba una autoridad inaudita. En dicha

cátedra no entendí nada de la medicina, como nunca he entendido nada de la medicina, pero esa vez comprendí que ese médico tenía un aparato digestivo que le permitía irse por las desviaciones que le vinieran en gana. Quería dejar claro que se haría lo que sus polainas quisieran.

Después de los aplausos, el abuelo bajó del podio. Óscar y yo lo esperábamos. Algunos médicos lo abordaron. Saludó a todos, a todos conocía. De camino al coche, Óscar le preguntó qué le había parecido estar de vuelta en la Universidad Nacional. Sabíamos que el abuelo necesitaba cualquier pretexto para catapultarse a los tiempos en la facultad sin importar qué lo proyectase. Habló de la facultad, los maestros de su tiempo, la primera clase que tomaron juntos Óscar y él. Era fácil provocar el flote de sus episodios más rancios.

Volvemos al coche camino al sitio al que quiere llevarme para hablar de su primer amor. Quiere llevarme a un restaurante porque, dice, tiene algo importante que mostrarme. Dice que es crucial que vayamos a ese restaurante porque ese lugar antes era otra cosa. Ese restaurante era el colegio para hombres al que asistió. Quiere llevarme, a una semana después de nuestro reencuentro, al lugar donde estudió de niño.

De camino al centro de la ciudad, después de hablar largamente de su padre, después de hablar largamente de los parques, una letanía sobre los edificios. Estos y aquellos edificios le recuerdan su niñez. Habla de cuánto costaba un departamento en aquel entonces, cuando él vivía allí con su madre (bellísima de ascendencia española) y su padre (mexicano de ascendencia libanesa). (No creerías cuánto pagó mi padre por el departamento en la calle 5 de Mayo, esquina Motolinía, donde vivíamos.) Habla de las facilidades de pago, de la magnífica vista que tenía cualquier departamento. Me habla de lo bien construidos que están los edificios, de su resistencia al paso del tiempo, a los temblores; de lo espacioso de sus estancias, lo luminoso de sus habitaciones. Como si quisiera venderme un departamento en su pasado.

Llegamos al restaurante. Llegamos al colegio para hombres que ya no existe. El abuelo me pide que lo acompañe al segundo piso. Hasta aquí, digamos, todo se enmarcaba dentro de las entregas puntuales que la nostalgia le ofrecía. Pero el resto, lo que pasó en el segundo piso era suficiente para entregar al abuelo a una enfermera.

En el segundo piso del restaurante, me señala un espacio entre dos mesas adosadas a la pared. Allí se sentaba la maestra que le enseñó a leer. Estamos, pues, en el segundo piso de un restaurante en el centro de la ciudad que hace sesenta y tantos años era su salón de clases. Veo el espacio entre las mesas, veo al abuelo, veo el espacio entre las mesas y vuelvo a ver al abuelo. Dice: «aquí tomó clases, aprende, tu gran abuelo». Intento imaginar, intento imaginarlo a él. Intento desaparecer las mesas, desaparecer a la gente. Intento imaginar el salón de clases, un niño sentado al frente que es mi abuelo y que tal vez haya mostrado los dientes como lo hace ahora.

Con palabras el abuelo recrea su salón de clases. Dice que la maestra, la maestra que le enseñó a leer lo quería mucho, que el cariño de su maestra fue el diploma de su paso por el colegio. Habla sobre su maestra, su bellísima maestra que, según él, sonreía como nadie. (Es difícil ser el autor de la sonrisa de una mujer. Es más fácil dedicar una vida al estudio de las enfermedades gastrointestinales que comprender por qué sonríe una mujer.)

Cuenta y cuenta. Aprendió a leer gracias a ella, por ella. Va a una esquina, molesta, golpea a todos los que le estorban en el camino para pararse donde quiere. Aquí, dice, estaba el librero del salón de clases. El abuelo actúa. Busca libros invisibles en un librero invisible. Repasa los títulos uno a uno. Aquellos libros que no están, desata lo que la magdalena en Proust. La diferencia entre Proust y el abuelo es que él se ahorra los siete libros y gana el tiempo engullendo la magdalena. Me entero, se enteran las familias presentes, de los libros que leían los niños décadas atrás. De lado de su gula nos enteramos dónde se sentaban los niños. El abuelo mueve sillas, mueve mesas, mueve a una mujer, quita a un mesero del camino para enseñarme un trozo de su pasado. El doctor Nassar repasa en voz alta los apellidos de sus compañeros de clase. Nadie en el restaurante lo entiende. Nadie aquí lo entiende y yo menos.

Eleva muros, tira otros, con palabras. Mueve a los meseros y las sillas que estorban su pasado. Hay testigos de su locura. Pero no puedo ignorar el brillo de sus movimientos. Decir el brillo de sus movimientos es un decir y es decirlo mal. Pero decirlo así se parece al brillo que tiene cuando habla de su pasado. Comparte su pasado, no sólo con los presentes y conmigo, lo comparte con él. Es generoso consigo mismo. Tal vez así, contando su pasado ve, otra vez ve que su paso por la vida ha sido magnífico. Basta verlo ahora extendiendo un brazo para saber dónde estaba el pizarrón negro y las cinco tizas blancas. Pero basta. Basta abuelo, me voy abajo a una mesa para dos. Basta, bajemos, basta. Milagro: el abuelo me hace caso. Él, el dictador doméstico, el médico de médicos que siempre que le pido algo masculla: ¿De cuándo a acá los patos le tiran a las escopetas?! Me hace caso, milagro.

Baja lento las escaleras. Como si contar su pasado le hubiera confeccionado una capa pesada, la capa pesada de un rey orgulloso de su reino. Nos sentamos. Pido de comer, él no pide nada. Dice que hace una semana, después de advertir los peligros de la sal, decidió empezar una dieta. ¿De veras no quieres comer, abuelo? Combatimos, gana. Pide un café con leche. Un café con leche con tantas especificaciones que poco le falta para ir a la cocina y prepararlo él mismo. Con tal tipo de leche, sin azúcar, en una taza tipo tal, en un platito como tal otro. El abuelo es necio, terco. No hay modo. No hay modo de contrariarlo. Cuando quiere y como quiere. Al mesero más le vale no equivocarse. Le digo al mesero que el abuelo no se irá a la tumba porque teme que en su entierro no sirvan el café con leche como le gusta. Al abuelo esto le parece gracioso, ríe. Le parece muy gracioso, ríe a carcajadas roncadas. Le dice al mesero que hoy en día no pueden sacar a nadie de su casa con los pies por delante sin asegurarse de que servirán un buen café en

el velorio. El mesero se va. El abuelo entrevera risas con algunos deseos irracionales para su entierro.

Tal cual. El día del velorio escuchaba la voz del abuelo. Su voz diciendo más o menos cosas parecidas a las que me dijo el día que me llevó a conocer su salón de clases en la segunda planta de un restaurante. Escuchaba su voz en el velorio: ¿Quiénes son estos advenedizos? ¿Acaso es la nueva descendencia de tu abuela con el pediatra gris? ¿Por qué vinieron tantos a mi velorio? ¿Quién invitó a toda la clase media del país? Emilia, dile a Óscar que el saco negro que trae es una copia del que traigo puesto. Traigo mi saco negro, Emilia, ¿luzco tan guapo como siempre? Dile a Óscar que no se le ocurra servirse una taza de café. Es el peor café que se ha preparado jamás. Aguado, soluble. Preferiría lamer una avenida que beber ese café, pero afortunadamente ya estoy dentro de la caja. ¿Qué clase de agencia funeraria es una que ofrece leche en polvo?

Cuando Óscar me anunció la muerte del abuelo sólo podía pensar en un saco negro, en el saco que el abuelo tenía al lado de su cama, sobre una mecedora, la noche que murió. Pasé horas pensando en el saco negro. En el velorio escuchaba sus reclamos en todo momento. Camino al cementerio apenas podía entender por qué el tiempo no se detenía, por qué el día no se nublaban, por qué las calles no se vaciaban. Por qué el tiempo no se congela, al menos, cuando uno va camino al cementerio.

Estancada en el tránsito observaba cómo un hombre cambiaba la cartelera del cine. Un hombre de overol azul, un hombre de espaldas, cambiando el título de una película. Mirando al hombre cambiando el título de una película como si nada hubiera pasado. Cambiando una a una las letras de acrílico como si nada hubiera cambiado. Regresaba la voz del abuelo: Otra felonía para la literatura. Otra película moderna para mentes estrechas. ¿Cuándo leerán en lugar de postrarse dos horas a ver semejante infamia? Me he ido justo a tiempo, Emilia, escúchalo bien: películas como ésa, gargajos como ése, no pertenecen a mi tiempo.

En el entierro, el abuelo seguía: Dile a estos tipos, a los cuatro pelmazos que cargan mi caja, que voy desnivelado. ¿Qué les pasa? ¿Quién decidió que dos enanos y dos gigantes cargaran mi caja? A propósito de la caja, Emi, no te imaginas cuánto me costó. Está tan bien hecha como cualquiera de mis investigaciones sobre la amibiasis invasora. La caja y yo somos lo mismo. Tu abuela se ve linda, se ve tan linda de negro. El negro le sienta tan bien como siempre, pero es una lástima que esté al lado de un hombre gris. El gris nunca le sentó bien a tu abuela. Dile a tu tío, de una vez, que no se atreva a leer un texto salido de un libro de autoayuda para despedirse de su padre. Dile que me cambio de entierro, que me cambio al entierro de al lado si se atreve a leer un texto de su elección. Estoy a tiempo de mudarme de familia. Aunque te pediría que me evitaras el salto pues tu abuela se ve bellísima.

Todo estaba mal: el nacimiento, la muerte, la vida, el sueño, la soledad, la compañía. Todo estaba fuera de lugar, todo estaba al revés. Nada

bien, todo mal. No entendía nada. El entierro del abuelo parecía una puesta en escena, una mala puesta en escena, la peor. De cierto modo esperaba que cayera el telón y que el abuelo se levantara para ir a ver la película que se había estrenado. Mientras todo siguiera así, después de la muerte de mi padre, después de la muerte de mi abuelo, mientras el tiempo siguiera su decurso con hombres cambiando la cartelera del cine sin que la ciudad se cayera y los ruidos cesaran, me negaría a creer que algo iba bien, que las cosas ocurren en aras de algo mejor.

Miraba al abuelo descender. Descendía a la fosa. Lento bajaba y me preguntaba si era cierto que no volvería a verlo. Si era cierto que así se despide alguien.

El teléfono sonó como nunca y como nunca callé. Días de silencio, días de sordera, días de lectura. No quería contestar el teléfono, no quería escuchar otro pésame. Hasta que un día, dos meses luego de su entierro, decidí mudarme al departamento que me regaló el abuelo y rentar el que me dejó mi padre.

Dos meses después me mudé. Dejé todo, me llevé libros, sólo cajas de libros. Algo quedó claro en esa mudanza, algo quedó claro cargando cajas. Aunque mi padre murió cuando era niña, aunque el abuelo se fue el domingo que le vino en gana, nunca sería tan claro hasta qué punto se habían ido. Y el no saber dónde estaban, aquí o allá, era lo único claro.

No saber dónde están los que queremos es no saber dónde está uno. Yo precisamente estaba allí: flotando en la nada, nadando en la nada. No sabía si estaba aquí o allá, no sabía si ellos estaban aquí o allá. No es que ahora lo sepa, no es que ahora pueda señalarme en un mapa. Y luego de conocer a José, terminar con él, me alejo de la posibilidad de señalarme en un mapa.

9

Miedo de hacer dos veces lo mismo.

Miedo de hacer dos veces lo mismo.

José y yo llevamos juntos una semana. Una semana y voy pasos adelante: escojo los nombres de los hijos que no tenemos, nombro a los hijos que no tenemos para pedirles que se vayan y nos dejen solos como estábamos. Hijos nonatos que corro de la casa para volver a estar con él como estuvimos la primera semana. Antes de correr a los hijos debería, digamos, verlo hoy. Le llamo. Dice que hay una fiesta, una reunión o no sé qué, en casa de uno de sus amigos.

Llegamos. Sus amigos beben, platican sentados: he llegado a la vida adulta. Saludo uno a uno. Saludo y callo. Callo y me sirvo un vodka. He venido al mundo a acumular desconocidos. A eso me dedico. Estoy aquí para tener una postura virulenta contra mis semejantes, pues sólo la distancia me hace superior a una foca que todo lo aplaude.

Uno de ellos cuenta la anécdota del día de su cumpleaños. Cuenta haberse deshecho de algunos años para conocer a una mujer en un bar. Entre todos, seis, diez o quince, cuentan con detalle el enredo. Cuentan las equivocaciones, cuentan los detalles para integrarme a la conversación. Exageran, bromean. Río y celebro con un vodka. Río y toso igual que una foca. Soy generosa, que no se diga lo contrario, contándoles del abuelo. Emilio Nassar, al contrario, se aumentaba la edad según la ocasión. El día que cumplió setenta y dos se aumentó siglos. Esta licencia pudo haber sido el dictamen de su demencia senil. Pero no. El abuelo manipulaba su edad como quería. Al probar un café con leche, por ejemplo, se aumentaba cien años ante una mesera. (Mis ciento setenta y dos años han valido la pena por este grandioso café, señorita.) Al escuchar uno de sus boleros favoritos se sumaba décadas. (Cien años de lágrimas negras.) Al toparse con un geriatra en el elevador del hospital se aumentaba veinte años. (¿No le parece que luzco estupendo a mis noventa y dos?) Se echaba una década encima para recalcar alguna de sus sentencias médicas. (Tengo ochenta y dos años y sé mejor que nadie que México es la patria de la amibiasis.) Emilio Nassar fundó el Centro de Estudios sobre Amibiasis, organizó seminarios y conferencias. Siempre, a manera de introducción, leía su examen crítico de los trabajos realizados y aprovechaba para dejar claro a los investigadores que era más viejo de lo que parecía. Pero el abuelo, el día de su cumpleaños, su último cumpleaños, se aumentó siete siglos. Su secretaria, algunas enfermeras, Óscar y otros médicos le llevaron un pastel a su despacho. Desde allí me llamó para que lo acompañara. Salí de la universidad, llegué a su despacho, el abuelo hablaba de sus siete siglos. Hablaba y, sobre todo, reía. No lo he dicho, pero el abuelo reía, sobre todo, de sus bromas.

Era un hombre completo: hacía bromas y se reía de ellas. Era un anciano de una pieza. No parecía necesitar a los demás en ningún momento. Mucho menos parecía necesitar de alguien cuando hacía

bromas. De modo que ese día, justificando sus siete siglos, reía a carcajadas. Estoy segura de que habría pasado así los siguientes años, haciendo bromas a sus colegas y a las enfermeras.

A José y a sus amigos les caen en gracia los argumentos del abuelo para probar sus setecientos años. Imagino aquí a ese gastroenterólogo. (¡Pero cuéntales más, Emilia! No les has contado lo que le dije a Óscar cuando me preguntó cuántos años cumplía, fue genial. Emi, ¿no les vas a contar mis chistes de doctores? Sabes que mi repertorio es amplio, mira cómo les causan gracia mis bromas a los chicos.)

La conversación trae a los viejos. De pronto, en este departamento, pareciera que al lado de cada joven hay un anciano. Un anciano al lado de cada uno de nosotros, tal vez para recordar lo niños que somos. Hablamos de los viejos, hablamos de los abuelos. Los ancianos cuando se comportan como niños. Contamos de cuando éramos niños. Somos niños intercambiando estampas y ancianos que no quieren desprenderse de sus estampas.

El anfitrión empieza. De niño su madre le regaló una pijama de Batman. Desde que se la puso no hubo poder que se la quitara. Iba a la escuela con la pijama bajo el uniforme, hacía la tarea con la capa puesta y dormía, claro, con la pijama de Batman. Atendía las instrucciones de su madre -baja a cenar, lávate los dientes- sólo si lo llamaba Batman. Llegó a una conclusión simple: él era Batman. Salía al parque en bicicleta, le gustaba ondear su capa. Pero un día, andando a toda velocidad, se impactó contra un árbol. Dice que retomó su nombre de pila que, al menos, no le hacía parecer un pendejo que se impactaba contra el primer árbol.

Otro, cuba en mano, cuenta que de niño deseaba ser el Mesías de los judíos. Proviene de una familia medianamente ortodoxa. Su deseo profesional alarmó a su padre. Confesó su deseo un día a la hora de la comida. El padre azotó el vaso contra la mesa, se retiró. Expuso los motivos a su madre y hermanos. Por la noche, el padre le explicó por qué se trataba de un disparate. Él, acostado en la cama, le dijo a su padre que quería hacer un bien a su pueblo -Papá, si me convierto en el Mesías, nuestra familia, nuestros amigos, dejarán de esperar. No quiero que pasen la vida esperando. De otro modo, corremos el riesgo de que el Mesías llegue un día después de que todos nos hayamos hartado-. Huelga decir que el padre destruyó esos argumentos. Él dejó de ventilar su deseo en casa, pero habló con un rabino. Preguntó al rabino cómo podía llegar a ser el Mesías. El rabino respondió con un extenso soliloquio. Se hizo un escándalo en su comunidad. Sus compañeros de la escuela yídish ideaban bromas en su contra. No había manera de hacerlo entrar en razón. Días antes de su bar mitzvá, el padre invitó a su casa al rabino y a unos amigos. Prometió a su hijo que si los convencía a todos, no le quedaría más remedio que aceptarlo. Eso hizo de niño: expuso las razones por las que quería ser el Mesías. Los invitados lo escuchaban mientras la casa se inclinaba de conmoción. Pronto se dio cuenta de su imposibilidad, pero recibió una buena

cantidad de dinero en su bar mitzvá. Quería ser el Mesías de niño pero ahora trabaja en una editorial.

Dos, confiesan, anhelaban ser presidentes. Otro quería ser torero como su padre. José quería formar una banda de rock. Pero todos, en realidad, nos dedicamos a beber vodka o cubas. Yo, juro, quería ser sirvienta. Nunca he sido ambiciosa. Mi mayor ambición era trapear pisos y sacudir repisas. Ésa, mi ambición más grande, se debía a que Julia, la sirvienta, la pasaba muy bien cantando y trapeando los pisos, silbando y sacudiendo repisas. En una reunión familiar el abuelo me preguntó en la sobremesa a qué quería dedicarme. Le respondí con la verdad. Sirvienta, abuelo. Se puso furioso. Bebió de un trago su chinchón con tres hielos, salimos de su casa, me llevó a una librería. Me compró una colección juvenil de clásicos. Dante, Shakespeare, Cervantes, Defoe, Dumas y Verne, según él, me harían cambiar de opinión. Escucho su voz ronca, siempre imperativa: ni se te ocurra sacudirlos, lees un libro por semana y sanseacabó.

Como yo quería ser sirvienta le obedecí. Pero no entendía ni una página de los libros, no entendía ni una palabra. De modo que escribí otras historias, pegué mis cuartillas en los libros de Cervantes, Shakespeare y Dante para comprender algo por lo menos. Escribí: «El gigante», por ejemplo, en las páginas del Quijote. Taché el nombre de Miguel de Cervantes para escribir el mío. Como Cervantes fue prolífico y «El gigante» era breve, luego de mi punto final podía leerse el Quijote desde la página quince. «El gigante», como bien lo anuncia el título, trataba de un gigante cuya única característica, además de ser gigante, era reírse. Reía a carcajadas escandalosas. Era un gigante torpe que hacía reír a los niños de la colonia. El conflicto era que el gigante hacía temblar las casas y los edificios cada vez que reía. La risa tenía inconvenientes. El abuelo casi entró en coma cuando le mostré mi intervención en los libros. Pero misteriosamente me pidió que le enseñara lo que hacía con ellos.

Añadí más cuentos: tenía una colección de cincuenta volúmenes empastados en piel. «El hombre al que le crecieron patines», «El sándwich que habla», «El perro que discute con su amo», por ejemplo. Descubrí la poesía, me di la licencia: «Si la hora quieres saber / sólo marca el cero tres». Casi adelanto su muerte, pero esos libros sospechosamente aparecieron en el librero de su consultorio. Ese librero, el suyo, que era el Olimpo de su aprobación.

Es la primera vez que estoy con los amigos de José y me instalo en confesiones. De niña quería sacudir, llegando aquí quería permanecer al margen, pero me he instalado. Unas palabras del abuelo resuenan. (Quien busca ser el centro de atención no hace más que revelar lo minúsculo que es. Eso hacen los protagonistas: revelar su miseria.) Dejo de hablar. Voy a la cocina. Que no se diga que no quería ser sirvienta: me sirvo otro vodka y le sirvo una cuba a José.

En la cocina, mientras pongo tres hielos en un vaso, el abuelo critica las marcas de ron y de vodka. (¿No hay chinchón dulce y seco? ¿No hay vino español? ¿No hay orujo ni coñac? ¿Ni siquiera hay licor del 43? ¿Ya no existe el buen gusto? Ni regalada me tomaría una baratija como la que te sirves.) Sirvo una cuba y un vodka. Al carajo con Emilio Nassar.

José entra a la cocina. Nos besamos. Tan cerca, tan juntos, tan borrachos. Vámonos, José. Vámonos ya, dice. Llegamos a su departamento. En la sala me desviste a medias, lo desvisto a medias. Con un pie le quito un calcetín, él extiende un brazo para prender una lámpara. No lo consigue. Sin luz, seguimos.

11

Un hombre inteligente hace reír a los demás.

Un sabio se ríe de sí mismo.

El abuelo lleva meses llamándome por teléfono con el menor pretexto. (¿De casualidad no tienes, Emi, una parálisis intestinal que deba atender?) Cualquier pretexto lo instala en la línea telefónica. Se instala en los pormenores de su día, en las bromas que hizo, en lo bien que se lleva con las enfermeras del hospital. Se acomoda a sus anchas en la línea telefónica. Sus llamadas inician deseando mi malestar. Desea, sé, que me enferme para hacer algo. Esto tiene, digamos, fundamentos. Pues así como Emilio Nassar ha destacado en la medicina, su nieta ha mostrado talento para enfermarse.

De niña, luego de la muerte de mi padre, tuve gastritis y ése fue el inicio de un mundo de malestares: el fabuloso mundo de la enfermedad. No se pueden imaginar los peligros de la salud y las ventajas de la enfermedad, anotó Pascal. Pues bien, Pascal, no sólo la enfermedad trae ventajas en general, trae una particular: nos pone atención quien más queremos que lo haga. La ventaja, la ventaja más grande: la relación que desde niña trabé con Emilio Nassar. Pero ahora no tengo gastritis. El abuelo en estos últimos meses no es mi doctor. Es, por obvio que suene, mi abuelo nada más. Hemos dejado de ser doctor y paciente. Antes así era, más doctor que abuelo. Durante algún tiempo, cuando iba en la preparatoria, por ejemplo, nos veíamos poco, precisamente porque pasé por una racha de buena salud. Lo buscaba poco. El abuelo pasaba tiempo en el Hospital General, visitaba otros hospitales, impartía clases en la Universidad Nacional y, recuerdo, por esas fechas estaba a la cabeza de la Comisión del Cuadro Básico de Insumos del Sector Salud. A veces, al hojear los periódicos, leía algún texto donde lo mencionaban o hacían referencia a sus palabras. A veces, al hojear revistas, encontraba fotografías donde el abuelo posaba al lado de Óscar, o posaba, serio, en su despacho. A veces lo llamaba. Antes salíamos a comer de vez en cuando. Le gustaba ir a Casa Bell, al Bellinghausen, al Sep's.

Antes sus llamadas eran breves y puntuales, llamaba un viernes para preguntar si me hacía falta algo. El abuelo adoptó el papel de mi padre, pero esto es sólo un decir. El abuelo se sentía padre de todos. Padre de los ancianos y padre de los niños, padre de los no nacidos y padre de los muertos. Padre, incluso, de sus padres. Era, en resumen, un patriarca. Un patriarca que además era médico. No era cualquier combinación. Un anciano que se había comportado setenta y dos años como si todos lo necesitaran. Pero, de pronto, ese anciano, me llamaba para preguntar si tenía algún malestar que pudiera atender. Ese anciano, el médico de médicos, mendigaba mis enfermedades.

Meses lleva llamándome, reportándose, según él, con mi úlcera péptica que lo llama al consultorio. Desconozco esta conducta. Que llame y, sin decirlo, me pida que escuche los pormenores de su día es algo inusitado

en su carácter. La abuela justamente se quejaba de su hermetismo; sus hijos, de su hosquedad. Mi padre no creería, por ejemplo, que el abuelo me llama y se suelta en la línea. No entiendo qué hice para que el abuelo se desate así. Estas llamadas me hacen pensar que el abuelo confunde mi número con el de Óscar o que algo, algo que no sé qué es, ha cambiado.

Es viernes. Regreso de comer, escucho los mensajes en la contestadora. Quiere conversar con la máquina, nota la imposibilidad, deja un recado. (Los alcances de tu abuelo en la medicina son inauditos: puedo diagnosticar a mis pacientes por telepatía. Fascinante, Emilia, tu abuelo. Desde mi consultorio sé que tienes una alteración hepática porque no has comido. Anda, llámame que te invito a comer y santo remedio.) Le llamo. He comido, pero lo invito al cine en la noche. Acepta. Pasa por mí. Reconozco el ruido del motor de su coche desde un cuarto piso, me asomo por la ventana. Un Cadillac negro. Lo reconozco por lejos que esté y reconocería el ruido de ese motor aunque sonara en otro continente.

Me abre la puerta del coche, el abuelo está chapado a la antigua. Encendiendo la marcha, quiere apretar los pormenores de su día en un minuto. De camino al cine quiere apretar setenta y dos años en veinte minutos. Como si quisiera meter los pies en un par de zapatos minúsculos. Pero el abuelo ya ha probado su facilidad para ponerse zapatos apretados: cuenta su día, su vida, la vida de Óscar, la vida de sus colegas del hospital, la vida de una enfermera nueva.

Nos sentamos en la sala de cine. Me pregunta cómo me fue en el día. Voy a responderle cuando el telón sube. Voy a contarle lo que hice en el día, pero el abuelo observa con atención los anuncios que desfilan en la pantalla. Iba a contarle, pero está concentrado mirando el anuncio de un refresco. Está absorto. Veo cómo la pantalla ilumina su rostro. ¿Éste es el patriarca de la familia y el médico al que tanto alaban?

Salimos del cine. El abuelo ataca. Rabioso, ataca. Después de 1950 el cine va en picada. Después del Hollywood clásico, después del cine de oro, todo es carbón. Todos quieren sobresalir en las películas actuales, dice. (El jalacables quiere que los cables, negros y gordos, salgan en escena. El sirvecafés quiere que sus vasitos de unicel acaparen la escena. No entienden nada, no entienden que son sirvientes. Los cineastas modernos no entienden que son sirvientes, igual que el jalacables, igual que el sirvecafés, sirvientes de una historia.) Ladra, gruñe, destaza. En el coche lo deja claro: detesta las películas nuevas y el mundo que las produce. Detesta todo. Pero no. Al volante, enciende el radio. La estación que siempre escucha, una canción que le gusta. No he dicho esto, pero al abuelo le gusta la música clásica. Pero lo que más le gusta, lo que más disfruta en el mundo, es escuchar boleros. Si está cerca de un radio lo sintoniza en El Fonógrafo. Me sé de memoria, desde niña, el distintivo de la estación en el 1150 del am. «El Fonógrafo, música ligada a su recuerdo.» Una canción de Luis Alcaraz le hace reiterar la mala película que acabamos de ver. (Tiene mejor castellano

un bolero que una película actual. Pero basta de hacerte caso, Emilia, no vuelves a elegir la película que veremos. Basta de malas historias, basta de actorzuchos naranjeros que quieren ser protagonistas. Te llevaré a una librería. Lo que escojas corre por cuenta de la casa.)

Llegamos a una librería inmensa. Lo veo tomar dos, tres, cuatro libros. Ojeo una solapa, veo al abuelo, veo cómo coge libros. Elijo uno por cada diez libros que escoge él. Le faltarían décadas para leer tanto. Le pregunto si los va a leer. Responde lo predecible. (¿De cuándo a acá los patos le tiran a las escopetas?)

El abuelo actúa en la librería como si se hubiera topado con sus amigos de la facultad. Como si hubiera encontrado a sus amigos jugando dominó. Me presenta ejemplares. El abuelo, en sus propias palabras, rebasa el café castaño. Me muestra libros, apila uno encima de otro, como si tuviera un siglo por delante. Me alejo, voy a la cafetería. Me siento en una silla, otra frente a mí lo espera pronto. Se sienta, finalmente se sienta, coloca sus libros en una silla. Algún despistado, con el rabillo del ojo, podría pensar que tantos libros son un tercer comensal.

Pido un sándwich y un refresco. Ya no le pregunto si quiere cenar o no. En estos meses ha dejado claro que no romperá su dieta. Una dieta que consiste en dejar de comer, pero deduzco que sólo estriba en beber café con leche. El abuelo ha adelgazado. Pide un café con leche como es de esperarse. No me deja insinuarle nada. Le pregunto si extraña a la abuela. No, dice y sonrío. De inmediato me cuenta de la mujer de Óscar. Berta murió hace poco de esclerosis múltiple. Dice que su amigo la extraña mucho. ¿Por qué me habla de su mejor amigo? (No te imaginas cuánto extraña Óscar a su mujer. Está perdido, la extraña muchísimo. Perder a una mujer es lo peor que puede pasarle a un hombre como Óscar.)

Cuenta que su amigo siempre regañó a su mujer. Pero en los últimos meses de vida de Berta, Óscar la increpó como nunca. Tal vez porque quería confrontar, de paso, a la muerte. Tal vez porque no sabía cómo pedirle a su mujer que no se fuera. El abuelo dice que desde que ella murió, Óscar mudó los regaños. Ahora lo jode a él. Ahora regaña al abuelo cada que, según Óscar, se descuida. Cada que, por ejemplo, el abuelo no trae el saco puesto. Día a día le sorprenden más las conductas de Óscar, rompe en risa, se acuerda de algo.

(Reíamos igual que dos adolescentes. Nos desternillábamos de risa, Emi, por una tontería. Pude haber expulsado los pulmones en una carcajada. Una risa tan escandalosa, imparable, tan ruidosa que los muchachos en la mesa contigua en Casa Bell se empezaron a reír de nuestra risa. Ya no me acuerdo de qué nos reíamos, pero llegué a pensar que Óscar y yo esparciríamos una epidemia de risa en el país. Llegó un punto en el que olvidé de qué reía y empecé a reír de la risa de Óscar. ¿Te das cuenta? Pensé que mientras Óscar siguiera riendo yo no podría detenerme. Pero se detuvo abruptamente. En seco frenó. Probé que mi risa era

autosuficiente. Sin Óscar me seguía haciendo gracia no sé qué cosa. Comencé a lagrimear, a toser. Con los aspavientos de la solemnidad, Óscar me pidió que me dejara de reír, que moriría si seguía riendo de ese modo. Entre sollozos, le dije que no estaba del todo mal morir así, pero se puso pálido. Carraspeó, dijo que eso, en verdad, no tenía nada de gracioso.)

Cuenta otros rapapolvos de Óscar. Ni su madre ni su mujer eran tan aprehensivas como su amigo. Pero lo entiende, explica. Con el tiempo, cuando los abuelos mueren, cuando los padres mueren, cuando incluso un hijo muere, un amigo es lo único que le queda a un hombre entrado en años. Es duro, dice. (Entiendo a mi amigo. Es duro perder a una mujer, pero es doblemente duro perder a una mujer que sabes que deambula por ahí. Una mujer que, sabes, está en algún lugar, tal vez cerca, tal vez a unas cuadras viendo la televisión.) No es cosa de todos los días que diga este tipo de cosas. Es nuevo. Nuevo que un tipo como él lo diga. Pero sé que si lo menciono va a ladrar. Sé bien que no toleraría que le dijera, por ejemplo, que lo quiero. Despotricaría, misógino, contra las mujeres, contra las ridiculeces que somos capaces de decir. Me golpearía con un paraguas, de tenerlo, si dijera que lo quiero. Pero hasta cree que le diré aquí y ahora que lo quiero. Hay cosas que conviene callar. Dos caracoles, por ejemplo, deben comunicarse de algún modo. Tal vez dejando un rastro de baba en el piso. Si le digo al abuelo que lo quiero, tomaría prestado un paraguas para golpearme. Pero no. En el terreno del cariño es mejor dejar un rastro de baba como lo hace un caracol.

Le divierte hablar de Óscar. Da la espalda al paso del tiempo para contar de su amigo. Si ahora, digamos, llegara la muerte, si le tentara el hombro, el abuelo le proyectaría libros con tal de terminar de contar. Cuenta cuando jugó dominó con Óscar, cuando fueron al beisbol, cuando fueron al hipódromo. Nadie más empeñado en narrar detalles que un anciano y nadie más empeñado en repetirlos que Emilio Nassar. Tal vez los detalles, los detalles de sus días, explotan y rompen en colores ahora que está cerca de morir. Sus detalles son fuegos artificiales que iluminan la noche. Aunque es demasiado humo para un local cerrado.

Habla de lo tanto que batalló para que se leyera en su casa. Para que sus cuatro hijos leyeran. No hubo modo, nunca supo cómo. Intentó todo. Golpeó a sus hijos cuando empleaban mal una palabra. No supo cómo hacer para que sus hijos leyeran. Y, dice, con los brazos cansados, su nieta, que quería ser sirvienta, lo acompaña a la librería. Él sabe que leo por él. Pero no sé por qué lee él. Sé que su maestra de la escuela, su primer amor, le enseñó a leer. Pero quién le enseñó los libros. Su madre, responde.

(No ha dado España mujer más bella que mi madre. Bella, dulce, cariñosa, buena lectora. La recuerdo leyendo, la recuerdo cantando canciones andaluzas y cantando boleros. Bastaba escucharla cantar para que un hombre formara un trío de boleros, bastaba verla leer para

que un hombre se interesara en aprender un idioma. Pero no era el caso de mi padre. En cambio, era el caso de mis amigos del colegio. Mis amigos visitaban la casa a menudo. Mi madre no perdía pretextos para leer en voz alta. Los chicos que se comportaban como orangutanes en el salón de clases, en mi casa eran un grupo de señoritas que escuchaban con atención las lecturas de mi madre. El majadero hacía gala de sus frases delicadas, el desordenado se peinaba de raya en medio, el sucio llevaba una corbata de lazo y una flor de papel en la solapa. Impresionante cómo la belleza de una mujer cambia la conducta de un hombre. Puedo decir que a mi madre la embellecía leer en voz alta. Así, pues, mi madre cambió la conducta de los simios que tenía por amigos. Así, escuchando a mi madre, empecé a leer. Novelas españolas, francesas, inglesas, rusas. En ese tiempo los chicos leíamos a los autores del siglo XIX. Salgari, Verne, Poe, Stevenson, Dickens. Una de esas tardes mi madre leyó un libro de Dickens que me dejó hechizado. Por la noche, tomé el libro de la mesita de caoba donde mi madre dejaba sus libros. Una edición de pasta dura, pasta roja, recuerdo el título dorado, que tomé para leer en mi cuarto. Llegó mi padre. Entró a mi cuarto, como solía hacerlo, sin tocar la puerta. No le gustó encontrarme leyendo. Mi padre detestaba que leyera. Le parecía atroz que un hombre leyera y deplorable que su primogénito leyera. Dudaba de mis inclinaciones sexuales. ¡Hazme el maldito favor!

(Tenía ocho, nueve años. Tuve que soportar a mi padre. Golpes, apretones de mano, sermones sobre su fábrica de textiles. Pero no pasó mucho tiempo para que le enseñara cómo se harían las cosas. Naturalmente seguí leyendo, pese a que mi padre creyera que con un golpe me repararía. No había nada que reparar. No, no se daba cuenta de que yo tan sólo tenía ocho años y que incluso a esa edad haría mi voluntad. Mi padre hizo lo posible para que abandonara la lectura. Pensaba que era homosexual porque leía. Para mí la lectura fue una adversidad y un placer. Mi padre no sabía que allí, en mi cuarto con la lamparita de noche encendida, con letras delante de los ojos, estaba el placer. Mi padre era un hombre bruto, bárbaro. Leer para mí significaba un placer, pero era doblemente placentero ganar la batalla leyendo y ganar la guerra contra mi padre.

(Lo diría Canetti, sin libros se marchitan las alegrías, y lo dice tu abuelo: sin libros mi vida se marchitaría.) Iza sus banderas, sus frases. ¿Hay anciano más contento, hay médico, lector más contento?

Éste, el anciano frente a mí. No tengo otro, si no le gusta hay otros. Éste es mi abuelo. Es un hombre frente a su final y, por lo tanto, frente a su origen. Alguien que, de ser posible, se moriría de un ataque de risa. Alguien que ahora ríe porque dice que dejaría de leer por una sola razón. (Si mi vida fuese una novela, renunciaría a la lectura.)

13

Hábitos de Emilio Nassar:

Reír cuando recuerda una broma de su autoría.

Acudir puntualmente al Hospital General.

Conocer el nombre completo, historia y evolución clínica de todos sus pacientes.

Corregir las palabras mal empleadas por su amigo Óscar.

Contestar el teléfono siempre al tercer timbre.

Abrir los sobres teatralmente con un abrecartas.

Beber café con leche.

Decir que los patos no le tiran a las escopetas.

Bajar la voz cuando dice groserías.

Usar calcetines negros.

Y reír cuando dice que no extraña a su mujer.

14

Cuanto más extraño a alguien menos puedo decirlo.

El abuelo extrañaba a su mujer, tal vez por eso la mencionaba poco. Intercambiaba decir «la extraña» por decir «que exterminen a los hombres grises». Decía hombres grises por no decir el apellido del pediatra con el que se había ido la abuela. Como si extrañarla y atacar a los hombres mediocres fueran calcetines del mismo par. El abuelo pocas veces subía el telón de lo que en realidad quería decir. Era, de hecho, un maestro para esconder el cariño detrás de su aspereza. Era tan bueno que sus hijos y la abuela se tragaron su dureza de un bocado. Me pregunto si mis tíos necesitaban un padre autoritario sin importar quién hubiese tomado el papel. Me pregunto si fue al revés: cuatro hijos deseosos de un dictador al que le escogieron el nombre y apellido de su padre. Tal vez en mucho ayudó el carácter del abuelo. Un dictador casero que reprobó a sus hijos. Aunque, como suele decirse, para bailar tango se necesitan dos.

Los tres años que siguieron a la partida de María Nassar lo afilaron. Bastaba cualquier detalle para que el anciano atacara. Algo mínimo, por ejemplo, un mesero con baba seca en las comisuras de la boca le bastaba para embestir. Le bastaba observar algo que no le parecía para golpear con todo su vocabulario, le bastaba lo que fuera para aniquilar a los pediatras de décima fila. Las pelotitas de baba seca de un mesero le daban pie para vituperar contra Adán y contra todos los inquilinos de la Biblia. El carácter del abuelo era un boxeador cada vez más irascible.

Tenía un modo elegante de golpear. Le gustaba, además, presenciar el efecto de su rabia un tanto más que el de su cariño. Prefería parecer una bestia a la que pocos se acercan más que un niño al que los desconocidos acarician. Disfrutaba contar sus rugidos. Una noche, por ejemplo, pocos días después de ir juntos a la librería, fuimos a cenar con Oscar.

Emilio está emocionado por algo que le pasó en el hospital. Pero no, no le basta su emoción, quiere contarlo. Es la primera vez que salimos los tres a cenar. Pero, obvio, el restaurante, el café con leche que pide, incluso Óscar y yo, somos la excusa para que cuente lo que pasó. Así como la Historia es un mero pretexto para que él, dando sorbitos de café con leche, hilvane su día en el hospital. Cuenta que se corrió el rumor, el mejor rumor en el hospital, de que el abuelo sólo hablaría con Jorge Luis Borges. Todo dientes, con la taza en mano, cuenta. (Leía un libro de Borges en la cafetería del hospital. Leía uno de sus estupendos cuentos, un auténtico «Dios mío». Un chico tuvo el descaro de sentarse a mi lado y, desde luego, interrumpió mi lectura. Un joven del servicio social, un estudiante de medicina en edad de engullir caramelos y no de obsequiarlos al final de una consulta. Alguien que desconoce que un médico no debe conducirse como un fanático. Fingí que leía, como si su nacimiento hubiese sido un estornudo en la mesa de al lado. Pero no. El

muy idiota me preguntó si yo era el doctor Emilio Nassar. Obviamente no le respondí, pero mi nombre bordado en el bolsillo de la bata me contrarió. Dijo que quería charlar de nuestra carrera. ¡Plural! ¡Osó el plural! No pude más, le pregunté quién demonios era. Lo dejé claro: ¿con que usted, joven, no es Jorge Luis Borges? Si no es el autor de las páginas que leía antes de su interrupción, le pido que se marche.)

Óscar y yo bromeamos. Añadimos palabras que el abuelo pudo haber dicho. Le divierten tanto que podría llamar al chico para anexar lo que horas después se nos ocurre en la mesa. Provocamos, sin saber cómo, que hable de Borges. Enarbola porque Borges entra en su categoría «Dios mío». Lo que dice sobre el autor es más o menos predecible, pero no he hablado de la forma en la que divide al mundo.

Sucede que Emilio Nassar catalogaba su biblioteca en dos ramas gordas: «Dios mío» y «sorprendente». El abuelo tenía una biblioteca integrada por libros que después del punto final le hacían pronunciar «Dios mío» o «sorprendente». Olvidé mencionarlo, en las notas pasadas es posible que el abuelo haya hecho numerosas referencias a su clasificación literaria. Conservaba únicamente los libros que le hacían expresar alguna de sus clasificaciones y así formó su Olimpo. Lo demás, sencillamente, era basura. Literalmente al bote de basura iban los libros que no entraban en sus categorías. Su clasificación literaria se expandía a todos los terrenos. Por ejemplo, compró algunos cuadros que pertenecían a colecciones privadas. Una vez lo acompañé a comprar un Rufino Tamayo. Pagó, dijo que para los cuadros tenía una clasificación especial: «No lo puedo creer, pensé que era una obra pública». Sus clasificaciones se aplicaban a todo lo que veía. Le gustaba dividir, clasificar. Le gustaba tener una opinión lapidaria. Si aprobaba algo era laudable, si lo reprobaba se encargaba de destruirlo. Para él había caballeros o simios; damas o rumberas; sensatos o imbéciles; boleros o ruidos; películas o gargajos; automóviles o trastes; chinchón campechano en las rocas o baratijas; puros o el papel de baño que fuman los jóvenes; libros o basura. Para él todo era blanco o negro.

De un «Dios mío» escrito por Borges, nos habla. Le vuelvo a prestar atención cuando Óscar lo frena, le pide que deje de hablar de Borges. Jorge Luis Borges, dice, le recuerda a su mujer. Con un tono de voz que convertía al abuelo en médico universal, le dice a su amigo que se tranquilice. Pero en voz de un médico a otro, de un anciano a otro, las palabras de Emilio Nassar suenan huecas. Óscar no nos mira, cena. El abuelo espera que Óscar, de una vez por todas, olvide a su mujer. Que la olvide, como si, digamos, su mujer y un llavero fuesen lo mismo. Que la olvide como se olvidan las llaves. Imagino lo que piensa el abuelo: hemos perdido tantas llaves, querido Óscar, tantas carteras, tantas anécdotas, tantos amigos, tantos pacientes, tantas cosas hemos perdido que bien puedes echar a tu esposa en el mismo saco. El abuelo encuentra algo al fondo del saco: «Óscar, pero tú no has leído a Borges, ¿cómo puede recordarte a tu señora?». Óscar responde con letras mayúsculas: «No lo entiendes, Emilio. Los libros que no he leído y las cosas que nunca haré me la recuerdan. Tengo derecho de pedirte que

cierres el pico». El abuelo y yo tendríamos que destruir con una bomba el muro que Óscar construye con su silencio. El abuelo pronuncia el nombre de su amigo disfrazado de un «anda, ya». Como si pudiera desaparecer muros con un chasquido. El abuelo tiene que revelar las intenciones de su truco: «Óscar, también extraño a María, pero nada se detiene, el mundo sigue». Nos vamos pronto del restaurante.

Llevamos a Óscar a su casa. De camino a mi casa, el abuelo, no es novedad, lee las letras chicas de la situación. Le gusta leer con monóculo, lee en voz alta el incidente con Óscar. (¡Es ridículo! ¡Es absolutamente ridículo! Ahora resulta que el libro que no leyó le recuerda a su mujer. Por Dios, ahora resulta. Óscar siempre rebasa el café castaño. Cuando creo que ha llegado lejos, rebasa el café castaño. No podemos conversar sin que la recuerde. Seguramente habla de ella con sus pacientes. No tiene remedio. Es de esperarse que un médico, al menos, aprenda de la muerte. Es más, ¿sabes por qué estudié medicina?)

El abuelo no puede negociar con sus historias. Además, él es la referencia y el punto de medida de cualquier historia. Su historia es la medida con la que juzga al mundo. Él es la referencia y el centro, así pareciera declarar: si yo lo he hecho, ¿por qué otros no?; si yo lo sé, ¿por qué tú no? Me parece haber dicho que el abuelo habla de la prehistoria para justificar por qué da vuelta en una calle y no en otra.

(Trabajar, tenía que trabajar. Repudiaba la idea. Quería hacer algo que me gustara porque me negaba a trabajar. Tenía diecisiete años, sabía lo que quería hacer. Por otro lado reprobaba hacer dinero con la única finalidad de inflar una cuenta en el banco. Así lo hizo mi padre, eso me sabía mal. Tampoco trabajaría en la fábrica de textiles: al demonio con mi padre. Quería hacer algo útil, algo verdaderamente útil para los demás. Desde niño sabía que las remuneraciones llegarían solas. El dinero sería una consecuencia, no un fin. La medicina ofrece servir a los otros. Te sorprenderías, por simple que suene, de lo inenarrable del funcionamiento del aparato digestivo. El hecho de haber dedicado tantos años a profundizar en el diagnóstico y tratamiento de la amibiasis al menos me permite decir que la medicina enseña tanto de la vida como de la muerte.

(Vida y muerte son palabras gemelas. Quería estudiar medicina sin imaginar lo que descubriría. Estudié medicina porque el padre de mi madre era doctor. Un médico español al que no conocí. Vivían en Madrid, como ya te he contado. Enviaron a mi abuelo a Veracruz, tanto le gustó México que aquí se quedó con la familia. Llegaron al Distrito Federal en 1923, en esta ciudad mi madre conoció a mi padre, tus bisabuelos. Pues bien, el ídolo de mi madre era su padre. Ser médico en mi caso era sagrado. Estudiar medicina en mi caso era muy atractivo. Aunque no sabía, Emilia, la grandeza que me mostraría la medicina.

(Regreso a Óscar: ahora resulta que no quiere que hable de Borges porque le recuerda a su señora. No entiende que no puede prevenir

nada comenzando por la muerte. No entiende que su mujer ya se fue. Como si una vida dedicada a la medicina y las dos líneas que nos faltan para llegar al punto final, no dejaran claro que no puede hacer nada contra la muerte. Óscar tira todo por la borda, desde su primer día en la facultad hasta hoy para volver al niño que cree las cosas más absurdas sobre la muerte. ¿Te das cuenta de las implicaciones? No importa a qué se dedique un hombre: al llegar a cierta edad se comporta igual que un párvulo. Vive con el fantasma de su mujer, ese fantasma que sólo se le aparece a él.)

Llegamos al edificio, le pregunto si quiere pasar a mi departamento por un café con leche. Dice que aún quiere leer. Que él, a diferencia de Óscar, quiere tiempo para releer, tiempo para sus investigaciones, tiempo para sus pacientes, tiempo para sus alumnos. Tiempo para disfrutar de su soltería. Me recomienda hacer lo mismo a su edad. (Setenta y dos años: la mejor soltería, lo mejor de lo mejor.) Estoy mejor que nunca, dice. Mueve los dedos rítmicamente sobre el volante. Me despido de él.

Se va y lo imagino. Llega a su casa. Abre la puerta como abro ahora la puerta de mi departamento. Al tiempo que sube las escaleras piensa: tengo setenta y dos años y hago, soltero, lo que quiero.

Entra a su biblioteca. Toma un libro. Se sienta en su sillón de piel. Hojea. Recuerda lo que dijo en el coche, lo que dijo en el restaurante, lo que le dijo al chico en la cafetería. No lee, recuerda sus palabras. Mira las manchas de texto. Observa el texto como si desconociera el idioma. Como si el idioma le diera la espalda. Extrañas las palabras, extranjero en su casa. Cierra el libro de golpe. Imagino al abuelo cerrando un libro de golpe como tal vez él imaginó a su mujer cerrando la puerta del refrigerador. Tal vez ese día extrañó a la abuela. La extrañó como yo al imaginarlo lo extraño.

16

Dime que me quieras.

Esa noche no dije al abuelo que lo quería. Lo llamé, en cambio, para preguntarle el título del cuento de Borges que leyó en la cafetería del hospital. Aunque sabía cuál era el cuento, aunque lo releí antes de marcarle, le llamé para eso. Un modo raro de decirle que lo quería. El cariño salta como puede, cuando puede. A la hora de exponerlo, no somos más que jeroglíficos, lenguas muertas o signos inconexos. Basta sentir una afección profunda para hacer lo menos esperado, para enredarse en conversaciones largas que al final no dicen lo que quieren decir. ¿Pero se puede realmente esconder el cariño? Emilio Nassar y yo hablamos esa noche de Borges al teléfono. Un rodeo, otro rodeo más. Nada recuerdo de lo que hablé con el abuelo. Recuerdo, en todo caso, que no le dije que lo quería.

Digo esto a José y no a la nada. Es domingo, José y yo estamos en mi departamento echados en un sillón. A José le intriga saber por qué la abuela se fue con un pediatra. A mí me intriga saber qué comeremos. Especula las razones por las cuales la mujer de Emilio Nassar se fue de su casa, mientras especulo lo que podríamos comer. Pido comida a domicilio, aprovecho para suplicar a José que no hablemos de ese gastroenterólogo. Con el estómago vacío, condición propicia para la iluminación de los místicos, me viene a la mente: podría responder preguntas sobre el pasado del abuelo, pero ninguna sobre el pasado de José. De un número al otro, concluyo que José tiene un pasado que desconozco. Del lado del conocimiento, le pido que abra sus páginas. Pongo el dedo índice en un capítulo para que no se pierda en su vasto pretérito. Un capítulo, su relación anterior.

Lucía, se llama Lucía. En un segundo la imagino. Guapa, inteligente, simpática, con un gran sentido del humor. Carajo. Le pregunto por qué terminaron. José responde. Todo estaba bien y todo estaba mal. Era una relación tibia. Estaba al lado de una mujer que no me gustaba del todo, además, en ese tiempo tenía un trabajo que aborrecía. Me sentía atrapado. Atrapado bajo las sábanas, atrapado entre las paredes de la oficina. Hasta que una noche lo mandé todo a la chingada. Renuncié al trabajo y terminé con Lucía la misma noche. El timbre interrumpe la historia de José, llega la comida que pedí, abro la puerta.

Un muchacho me entrega dos bolsas de plástico. Pago, entro al departamento. Veo a José en el sillón. Dejo las bolsas de plástico sobre la mesa. Le pregunto a qué se dedicaba Lucía. Era maestra de francés, dice, al tiempo que destapa un recipiente de unicel. Repaso mi francés: je m'aime, un, deux, trois, je me déteste. Mi francés en su totalidad. Una maestra de francés, carajo. Los imagino. Lucía le enseña francés a José mientras cogen. Es buena maestra. Me cae encima la Torre Eiffel mal pronunciada. José abre unas bolsas de plástico, saca unos cubiertos de plástico y yo, de no sé dónde, saco imágenes de ellos dos cogiendo. Son

dos jodidos conejos. No tengo nada que decir. Como en silencio, apenas muestro mis dientes frontales.

Tarde soleada, domingo soleado. Me asomo por la ventana. Sugiero que salgamos. Los domingos están hechos para eso. Salimos. Otras parejas caminan por las calles. Las familias deambulan tranquilas. Es domingo, uno como cualquier otro. Retrato de un domingo cualquiera, uno intercambiable. Iguales los domingos, iguales las parejas, iguales las fotografías de cualquiera en un domingo.

Caminamos como cualquier par. Vamos por un helado. Vainilla pido para que no se diga que éste es un día memorable. Fresa pide para que no se diga que somos almas gemelas. Caminamos, comemos helado y hasta hablamos.

Tiramos los vasos de plástico en un cesto metálico en una esquina. Un silencio largo. Le confieso que algo que dijo me hizo pensar en Raymond Carver. ¿Por qué, carajo, digo esto? Continúo, me gusta estirar ligas. Luego de leer a Carver los momentos cotidianos le pertenecen a Raymond Carver, no a la vida. José, sensato José, no me escucha, dice no sé qué cosas.

Caminamos en un camellón. José habla de nosotros mientras yo hablo de Carver. José escudriña nuestros pleitos frecuentes, los seis meses que llevamos juntos. Dos soliloquios, dos conversaciones que no se cruzan ni por accidente. Cada quien en su tema. Apenas lo escucho, apenas me escucha. José dice: nos complicamos demasiado, podríamos pelearnos menos. A lo que respondo: cualquier historia que observe en la calle es autoría de Raymond Carver. Anoche, por ejemplo, afuera del edificio vi un coche estacionado, con el motor en marcha y las luces encendidas. Una pareja discutía en el coche. Lo que dentro del coche discutían era, sin duda, un cuento de Carver. José sigue, yo sigo. Cada uno con la cabeza en otro lado, en lugares distintos. ¿No es así siempre? Mientras una pareja camina en el mismo camellón, en realidad podrían estar caminando en países que se han declarado la guerra.

José sugiere que rentemos una película. Rentamos una película. Llegamos a mi departamento. Me acuesto en el sillón. José prende la televisión. Se sienta a mi lado, se acuesta a mi lado. Incómodo así, incómodos los dos en este sillón. Me acuesto encima de él. Me quita la camiseta, le desabotono la camisa. Ya nos ha pasado esto. Es sencillo, hacemos lo que otros días.

Llevamos seis meses juntos, sin ver las películas que quieren ser vistas, para acostarnos. Ahora me quiero dormir, pero me pregunta si lo quiero. Quisiera responderle pero no lo haré. ¿Decirle que lo quiero? Eso sí que no. No diré lo que se dice en cualquier telenovela, ya he demostrado que bien podría aparecer de pronto en una. No, me rehúso a contestar. Que éste, mi silencio, hable por mí. Me quiero dormir, pero vuelve a preguntar. Callo de buen grado. Para eso está el español: para dejarlo a un lado. Sobre todo cuando quiero dormir. Finjo que duermo.

Finjo que duermo para no hablar. No hablo, pero pienso palabras. Pienso una historia breve de las palabras. De los gemidos al balbuceo, del balbuceo a las palabras, de las palabras al latín. Del latín se desprenden las lenguas romances, de allí el castellano. España conquista a México y mi abuelo conquista a mi abuela. Nace mi padre, balbucea «mamá» y a unas cuerdas nace mi mamá. Se conocen en una fiesta y sin importar los alcances del español, mi padre le pregunta a mi madre cómo se llama. Se hacen más preguntas, se gustan. Él le pide matrimonio. Se casan pronto. Nazco nueve meses después de la boda. Nazco y gimo. Gimo y balbuceo en el momento en el que Juan Rulfo enciende un cigarro, en el que Juan José Arreola juega ajedrez, en el que Octavio Paz se retira de los aplausos de un auditorio, en el que Jorge Ibargüengoitia atiende el teléfono en su casa. Mientras éstos y otros escriben yo canto: «Pin pon es un muñeco muy guapo y de cartón». Mientras algunos autores dan lecciones al español yo aprendo a leer. Asisto a clases de literatura en la Universidad Nacional, algunas lecturas bastan para aprender que nada aprendo. No tengo palabras. No tengo palabras cuando alguien me pregunta si lo quiero, mucho menos si precisamente José, justamente él, me pregunta si lo quiero. Finjo que duermo. Finjo que nado en las profundidades de un sueño como también debería fingirlo de día.

He soñado que caigo a un precipicio y caigo a una alberca de esponjas; que mi refrigerador habla; que me encuentro a Hamlet en una fiesta y que me dice estar harto de que sus amigos le pidan que repita su frase célebre; que Kafka y yo tomamos vodka en un bar; que tengo una vida normal, que trabajo en una oficina de ocho de la mañana a ocho de la noche y que salgo a comer a una fonda con los muchachos de la oficina; que cada vez que hablo salen pájaros en lugar de palabras y que las esdrújulas son pájaros de cola larga; que los adjetivos son cosas y que envió una caja de cosas a mi madre; que mi papá se empeña en enseñarme las marcas y los años de los coches que pasan por el periférico, para que quede claro que, por muy muerto, está al corriente de las ventajas y desventajas de los coches nuevos; que le digo a José que lo quiero justo como lo quiero; que veo a Emilio Nassar y que antes de decirle que lo extraño se va.

19

Cuando pienso en el pasado

las preguntas hacen un círculo a mi alrededor.

José y yo discutimos. No es novedad. Nos hemos alejado. La discusión empezó, como cualquier otra, por una estupidez. La nuestra, bien alimentada de frases, creció y creció. Una minucia nos venció. No pudimos zafarnos del pleito. Es imposible zafarse de un pleito: es más fácil idear una frase asesina que zafarse de un pleito. José y yo nos peleamos, para zafarme anticipé el final. Hay que ir un paso adelante.

En estos días, he observado a las parejas en la calle, he observado a las parejas en la universidad. ¿Cómo le hacen para estar juntos? Misterio. Podría entrevistar a las parejas en la calle. ¿Cómo hacen dos para caminar tan campantes tomados de la mano? Pero, observando a las parejas en la calle, me doy cuenta que lo quiero. Lo extraño tanto.

Aquella discusión y otras han flotado estos días. En el insomnio ordeno las peleas, los gritos, los reclamos, como si fueran los cuadros de un cubo de Rubik. En el insomnio me hago preguntas que quieren ordenar lo que he dicho, lo que él ha dicho. Pero las preguntas no hacen más que desordenar. Aun así, trato de entender por qué me defiende cuando no me ataca. ¿Por qué me fui antes de tiempo? ¿Por qué corro en sentido contrario?

Unos días después de la muerte de mi padre, cuando noté que no regresaba, encontré un pájaro muerto en el jardín. Un pájaro tendido en el pasto. Lo tomé, se lo mostré a mi madre. Ella dijo que estaba muerto. ¿Tan muerto como mi papá? Mi madre, paciente, dijo que sí. Por la noche salí al jardín. Tomé nuevamente el pájaro, lo llevé a mi cuarto para examinarlo. Lo observé sin descanso. Como si observar al pájaro me permitiera comprender la muerte de mi padre. Observé al pájaro sobre el escritorio. Llegué a una conclusión simple: no se mueve pero está en mi escritorio.

Unos días después de la muerte del abuelo llegué a la misma conclusión. Tardé días en caer en la cuenta de que el abuelo ya no respondería el teléfono al tercer timbre como siempre lo hizo. No sé por qué, pero cuando murió me atormentaba esa idea. ¿En serio ya no podría llamarle? Quise llamarlo, varias veces quise llamarlo. Pero entendí tarde lo que tenía que entender. Otra vez, desde el principio. Como si el episodio de mi padre no hubiera bastado. Las semanas, por ejemplo, que siguieron al funeral del abuelo, me comporté como un buen peatón. El abuelo había muerto, mi padre también y yo me comportaba como un peatón digno de imitar. Pero un día las explicaciones que me habían tranquilizado se fueron por el caño. Vi cómo se fueron una a una mis explicaciones sobre sus muertes.

En el funeral del abuelo no lloré. Semanas después vi un mosco agonizando en el marco de la ventana. Un mosco me hizo ver que el

abuelo no contestaría el teléfono. El día que lo enterramos me lo imaginaba criticando el velorio, haciendo bromas en el cementerio. Pero un mosco me dejó helada. Lloré sin parar. Un mosco me hizo ver la agonía de mi abuelo.

¿No es un mosco quien expone la muerte y no un funeral? Un mosco agonizando, un mosco moviendo las patas al aire, desesperado, me hizo pensar en la agonía de mi abuelo. Lloré y lloré. Tardíamente pero lloré mucho. Sin embargo, como suele ocurrirme, incluso en ese momento, cayendo en la cuenta de su silencio vehemente, cayendo en la cuenta de su agonía, incluso en ese momento lo sentí a mi lado. Imaginé su voz: «¡Emilia!, a ese mosco poco le falta para fingir una tos tuberculosa. Finge su muerte, ¿no lo ves? Ni siquiera puede uno fiarse de la naturaleza». Tal vez su voz estuvo ese día como otros días. Ya he dado suficientes síntomas de esquizofrenia.

Sola en mi departamento, sólo tengo ganas de llamar a José. Sólo tengo ganas de dirigir a él las palabras que me dirijo en silencio. Le llamo. Platicamos como si nada hubiera sucedido. Como si nada hubiera pasado me invita a una fiesta. Alguien del suplemento, un amigo suyo, hará una fiesta en la noche. Quiere que lo acompañe. Yo que hace unos minutos me remonté a la era del pájaro muerto, a la época del mosco moribundo, le digo que tengo ganas de salir de mi encierro.

Antes de que llegue por mí, tomo una servilleta en la cocina. Anoto algo, algo para él. Si hiciera una miniatura de mi cariño por ti, sería del tamaño de esta ciudad. Imagino al abuelo leyendo mi servilleta, borrando su apellido de mis credenciales. Ni modo, Emilio Nassar, así es. Lo quiero y esta servilleta es mi bandera de la paz.

Llega José. Le entrego la servilleta, la lee. Hacemos una parada técnica en la cama. Vamos a la fiesta. Tomo vodka y socializo democráticamente. Como ocurre en cualquier fiesta todos están en la cocina. ¿Por qué no se invita directamente a la fiesta en la cocina? Me sirvo otro vodka. Río democráticamente, me río de cualquier cosa. Estoy borracha y bailo. Bien podría traer unas frutas de hule espuma en la cabeza. Bien podría encabezar una fila india y bailar conga. Pero no. Bebo y platico. También anoto nombres y teléfonos en una servilleta. Prometo, juro que llamaré a no sé quién en la semana para que vayamos a comer. ¿Qué me pasa, Emilio Nassar? Habría querido heredar tu edad, tu flema, pero en realidad podría traer holanes en las mangas y unas maracas en las manos.

José platica con un amigo mientras yo añado teléfonos en una servilleta. Me sumerjo en una plática sobre los diminutivos. Porque el tema es un vasto océano, buceo en las profundidades con un amigo de José. Fascinante el temita. Me voy. Platico con una chica, hablamos de una película en cartelera. Soy imparable, vaya que puedo hablar de cualquier cosa sin saber nada. Me río aquí y allá. Río y brindo. Aunque hay días en los que cuento las palabras que pronuncio, hay días en los que antes de dormir repaso y protejo mis diez palabras, ahora las

derrocho. Hay mejores días en los que pronuncio dos o tres palabras y antes de dormir las celebro. Pero con lo que digo en esta fiesta necesitaría un contador público en mangas de camisa para sumar las desviaciones que tomo. El abuelo alguna vez me dijo que leyó en el Talmud que Dios dio vida al hombre ofreciéndole cierta cantidad de palabras, una vez que el hombre ha dicho todas las palabras que le han sido concedidas ese hombre ha cumplido su paso por la tierra. En noches como ésta agoto mi saco de palabras. En noches como ésta podría morir diciendo un mal chiste.

Ahora que podría estar diciendo mi penúltima palabra, llega Nicolás, amigo de José. Nicolás, dice, es nieto de Óscar. Dice que hablando con José cayó en la cuenta. Aunque Nicolás y yo nos hemos visto varias veces, no sabía que era nieto de Óscar. ¿Óscar, el amigo de mi abuelo desde sus tiempos en la facultad? Asiente. Mi abuelo quería mucho a tu abuelo, Nicolás. Salí varias veces con los dos. Íbamos a tomar café, al cine, a caminar. La pasaba bien con ese par. Dime, Nicolás, ¿has visto a Óscar? Apenas, dice, lo ve. Apenas lo visita. Hace poco, dice, fue a una comida familiar y Óscar mencionó más de una vez a Emilio Nassar y a Berta, la abuela de Nicolás. Óscar menciona a menudo que quiere alcanzarlos. A Nicolás le parece que su abuelo ya no quiere estar aquí. Dice que lo único que lo ata a la vida, parece, es el noticiario nocturno.

¿Puedes creerlo, Emilio? Nicolás es nieto de Óscar. ¿Mueven hilos los muertos desde una nube? ¿Conspiran los muertos en estas coincidencias? Nicolás habla maravillas de Emilio Nassar. Mientras, imagino al abuelo moviendo cielo y mar, tropezando con las olas y las nubes para que hoy supiera que Nicolás es nieto de Óscar y él me hablara bien de Emilio Nassar. La vanidad del abuelo nunca tuvo límites. Dejemos de hablar, Nicolás, de ese gastroenterólogo.

Nicolás y yo bebemos. Hablamos de su trabajo, de su amistad con José. Brincamos de un tema a otro. Hablamos de los lugares comunes. Brincamos a los lugares comunes en los periódicos. Ya lo he probado, puedo hablar de todo sin saber de nada y puedo, claro, hablar de los lugares comunes en los periódicos. Pruebo, claro, otro vodka. Brindo por los lugares comunes de la prensa. Por las siamesas en proceso de separación, por ejemplo. Siempre hay unas siamesas en proceso de separación en los periódicos. Nicolás brinda por la inundación en algún lugar de nuestro tercer mundo. Es posible que estas notas, las siamesas y las inundaciones, hayan aparecido en los periódicos desde el inicio del tiempo, es posible que desde el primer periódico esas dos notas se reciclen. Brindo por las notas recicladas. ¿Te das cuenta, abuelo? La coincidencia y mi sorpresa son siamesas inseparables. Borracha, enlistedo otras coincidencias. Nado en una lista de coincidencias, una inundación propia del tercer mundo.

Nicolás dice no sé qué cosas, pero yo estoy en otro lugar. Mientras él está a mi lado yo estoy con la cabeza a kilómetros de distancia. Coincidencias, estoy con ustedes. Pienso en alguien y recibo inesperadamente la llamada de ese alguien. Leo una línea que justo me

resuelve un problema inmediato. Leo un párrafo que justo encaja con lo que me está pasando. Nado en coincidencias. Nicolás no me interrumpe, asiento cada que dice algo pero estoy en otro lugar. Pero ahora no. Nicolás dice: Ella es Lucía, la chica que está con José. Espero escuchar mal, como cuando leo mal el titular de un periódico. Nicolás pudo haber dicho otra cosa. Lo vuelvo a escuchar: es Lucía. Me acabo el vodka de un trago. La veo. Los veo platicar en el sillón. Tomo prestado el trago de Nicolás y los veo. José con los brazos cruzados, seco en su trato. Ella sonríe y luego él. ¿De qué mierda están hablando? Me ahogo en esta coincidencia. Nicolás sigue hablando, pero sus palabras rebotan, no lo escucho. ¿Qué hace esa mujer con José? Me voy a la cocina por otro vodka.

Golpeo a todos los que se cruzan por mi camino. Pareciera que son golpecitos casuales. No, que quede claro: golpeo siempre que puedo. Con el hombro, con el pie, con los puños, con mi vaso. Golpeo siempre que puedo. Podría romper la mesa, romper los vasos, azotar un florero. Pero no haré semejante vulgaridad. Cualquier debilucho rompe un florero. Soy fuerte. Soy muy fuerte. Estoica como una frase de Séneca. La presencia de Lucía me es irrelevante. Lucía y José, carajo.

Tomo vodka, los observo de lejos. Veo cómo se ríen juntos. Mientras alguien toma apaciblemente alcohol su alma puede estar rompiendo una mesa. Allá estoy, protagonizando un desplante etílico mientras, tranquila, bebo. Rompería un florero en medio de la fiesta. Pero éste es un recurso para idiotas. Los idiotas que se sienten sin entrada en la fiesta, sin silla en el juego de las sillas, al pie de página en la vida de otro. Los idiotas que no tienen otra salida más que romper un florero. No actúo así, pero actúo así a mis adentros.

¿De qué mierda hablan? ¿Qué tienen que hablar un hombre y una mujer? ¿Qué tienen que decir? José y yo llevamos siete o veintisiete meses juntos y ahora resulta que tiene que decirle mucho a Lucía. ¿Y qué tiene que decir ella? Es muy sencillo, no le aviento una silla porque soy sensata. Como soy sensata tengo derecho a odiarla. La odio, la detesto. Odio, la odio, la detesto. No soy un dios que quiere por igual a todos. Un dios que por igual ofrece el sol a los imbéciles y a los pensadores. Un dios que por igual presta la noche y el día a los orangutanes y a los humanistas. Un dios que por igual reparte la lluvia, gotas gordas de lluvia sobre los lectores y sobre los profesores de gimnasia. Algo me distingue de ese demócrata bonachón. No soy un bonachón de barba blanca al que le rinden culto, tengo veinticinco años y quiero un bastón para rendir culto a mi odio. Tengo derecho. Silla eléctrica para Lucía. Que de paso exterminen a todos. Bien podría quedarme dormida en esta esquina deseando exterminios, quedarme dormida igual que un anciano que se queda dormido hojeando las masacres en el periódico.

¿Qué clase de noche es ésta? Luego de días de no verlo, venimos aquí, platico con el nieto de Óscar mientras José platica con Lucía. Así no se

puede. ¿Qué clase de noche es ésta? ¿Qué clase de novelucha ésta, la vida?

Se separan. Por fin se separan. Ya no quiero estar aquí. José y yo nos vamos. Llegamos a mi departamento. Nos acostamos. No tengo preguntas para él. En cambio, incalculables preguntas para mí. Preguntas que no expondré. Preguntas que me oprimen como si el techo y las paredes se encogieran. Me sofocan, me oprimen, me sofocan. No puedo domar las preguntas. Mientras apaga la luz le doy la espalda.

Todos llevamos dentro una palabra. Se puede comprobar que toda persona lleva dentro una palabra. Basta escuchar con atención, de noche tal vez, al apagar la luz antes de dormir, basta estar atentos, aguzar el oído, para escuchar a esa palabra. Esa palabra que dice mucho de uno. Antes de dormir, escucho el gruñir de una palabra.

22

Intestino.

Un gastroenterólogo al otro lado de la línea, uno que quiere asegurarse de que comeremos juntos. Uno o dos meses antes de que el abuelo muriera, me llamaba temprano para garantizar que lo vería a él y no a uno de mis amigos. Quería apartar mi lugar a su lado como suele hacerse en una sala de cine: extendía su saco en la butaca vacía para asegurar lugar. Es decir, llamaba temprano a la hora que según él mis amigos estaban dormidos. Emilio se despertaba en la madrugada y después de haber leído, según él, un libro, me llamaba. (Emilia, imposible ir con Alfonso Reyes a mi restaurante favorito, pero, ni modo, te invito a ti. Tu pariente favorito te llevará a un estupendo lugar, así que no hagas planes. Paso por ti.) Cuelgo el teléfono. Quiere ir a un restaurante, pero resulta que cada vez está más flaco. Así como el trueno anuncia la tempestad y el crujido de un edificio avisa el derrumbe, la rapidez con la que el abuelo adelgaza apunta a su final.

Al abuelo le encanta hablar de la muerte, la suya. Pero, juro, no dice lo sustancial. No dice que lo tiene todo bajo control. Bajo control tiene su muerte porque quiere controlar todo. Por más notorio que sea todo, no me deja mencionarle nada. No me deja mencionar lo rápido que baja de peso, de inmediato dice que está más guapo que nunca. Imposible hablar de su régimen alimenticio. Se da cuenta de que me doy cuenta. Pero con tal de escuchar al cascarrabias iré al restaurante que, ahora resulta, es su favorito. Como si no anunciara del mismo modo todos los restaurantes a los que hemos ido.

Llegamos a la terraza de Casa Bell. Dice que no podría contar las veces que ha comido aquí. Entramos. El capitán nos recibe con entusiasmo. El abuelo, tranquilo, lo saluda, pide la mesa de siempre: es un gorila que quiere echarse cuanto antes en su piedra. Pero no. No es cualquier gorila. No pasa inadvertido en el restaurante. Es el gorila más viejo de la montaña: saluda aquí y allá a los jóvenes simios. Es la viva imagen de la seguridad. Es el gorila que controla la montaña y las montañas vecinas. Así se conduce. Aunque salude a un anciano mayor que él, el abuelo se comporta como si llevase más tiempo en el universo que el planeta tierra.

Sonríe, sereno, saluda a sus conocidos. Reparte besos y elogios a las mujeres. Cortés, chapado a la antigua. Pregunta cosas como: «¿Me otorga el honor de saludar a su mujer?». Reparte golpes toscos en las espaldas de los hombres. Nos sentamos. Aquí, dice, me he sentado infinidad de veces. Un mesero nos pregunta qué queremos. No olvidemos que a los gorilas les gusta masticar ramas: el abuelo pide un café con leche. El mesero lo llama por su nombre, le pregunta si quiere el café igual que siempre. Asiente, orgulloso, como si la atención del mesero fuese un diploma más para colgarlo en su consultorio. El mesero se ha ahorrado la lista caprichosa del abuelo cuando ordena un café

con leche. El mesero se va. Ese gastroenterólogo bien puede estar imaginando su diploma: «Casa Bell otorga el presente reconocimiento al doctor Emilio Nassar, quien se distingue entre nuestros clientes por ser el más cortés y elegante de todos. Cliente que lleva cuatro décadas sentándose en la misma silla, de manera que nuestros meseros están al tanto de lo que quiere». Cabe decir que el abuelo colgaba cualquier diploma en su consultorio por ridículo que fuera. Si hubiese sido cazador habría colgado la cabeza de una cucaracha al lado de la cabeza de un cimarrón.

Aunque es claro, cada vez más claro que ha dejado de comer, no puedo evitar el golpe al vacío, preguntarle al abuelo si sólo beberá café con leche. Ya veremos, dice. Que haga lo que quiera. Que coma cuando quiera, que se calle cuando quiera.

El abuelo trae sombrero. Trae sombrero como tantos otros días ha traído el sombrero puesto. Se quita el sombrero, lo cuelga en un perchero pequeño al lado de la mesa. Protesta: «Detesto usar sombrero y mi sombrero me odia. Pero yo lo odio más. Así como el poeta moderno aborrece las rimas y la rima desprecia su aparición en la página; así como el burócrata desdeña la poesía y la poesía le escupe al burócrata; así como la literatura repudia a los imbéciles y a los imbéciles les repugna la literatura; mi sombrero y yo nos odiamos». Protesta algo que sé. Su bata blanca es el sinónimo del trabajo. Sé que a veces, por ejemplo, lee con la bata puesta. Ya lo ha dicho. (Me honra tanto atender a un paciente como atender a un libro.) Ha dicho varias veces que la medicina y la lectura son lo mismo para él. El abuelo quiere a su bata, detesta usar sombrero. Detesta usar sombrero porque lo usa los días de descanso. Aunque ahora dispara frases que enaltecen su bata, también lo he escuchado decir que un médico no necesita una bata para que lo distinguan. (Un médico que posee el arte de curar no necesita una bata blanca y un estetoscopio colgado del cuello para que reconozcan su profesión: su arte lo hace reconocible aunque traiga las pantuflas puestas.) En fin. No se trata de encender otro de los sermones del abuelo. Lo abate usar sombrero, la idea que tiene de perder el tiempo le entrega el veneno de todos los días.

El tiempo dedicado al trabajo es un tema al que regresa. Recuerda, reitera y sentencia. Sentencia, reitera y recuerda. Su senectud está aquí para cumplir con las expectativas: repite las mismas palabras cuantas veces sea necesario. Como lo ha dicho tantas veces, sigo sus palabras con una pelotita imaginaria que rebota en cada sílaba: «Tu abuelo descansa entre semana, los fines de semana trabaja porque descansar es el trabajo pesado». ¿Te había dicho esto, Emilia? Tantas veces como te has sentado en esa silla, abuelo. Con todas las veces que insistes en los mismos temas, nadie duda de tu edad. Porque tenemos pocos temas, dice, en la vejez no hay otra salida más que repetirlos. Y en estos tiempos uno ya no puede decir a gusto mil veces lo mismo. Los jóvenes sólo quieren escuchar lo novedoso, tardan mucho en darse cuenta de que no hay nada nuevo, excreción mía. (¿Dime qué clase de nieta tengo? ¿No se supone que las nietas existen para suplicar al abuelo que les

cuenta una y otra vez la misma historia? Porque las nietas son jóvenes, porque quieren escuchar historias nuevas, pero sobre todo porque son jóvenes, las nietas son motivo suficiente para que todo hombre se niegue a procrear. Así no se puede, Emilia.) Momento, abuelo, ¿quién te dijo que soy tu nieta? El abuelo sonrío, el abuelo ríe.

Bebe un café con una simpatía con la que pudo haber conquistado a Elena de Troya. Pero maldice, insulta. Sus palabras pudieron haber destruido Troya. Con los dientes afuera, tal vez dice: «Éste, el rey de los gorilas, es capaz de aplastar a la humanidad con un puño pero cómo le divierte gruñir». Me sonrío, sorbe ruidosamente su café. Lo observo, pareciera que los comentarios que he escuchado sobre él son falsos. Mi padre, por ejemplo, decía que era el hombre más seco del mundo. Ahora sonrío, toma sorbos ruidosos de café. ¿Qué lo hace comportarse así conmigo? ¿Cómo es posible que tanto su mujer como sus hijos tuvieran una opinión que nada coincide con este momento? ¿De verdad creen que un defecto abraza pura y universalmente a alguien?

Cuando escucho comentarios que ensalzan la dureza del abuelo y veo al anciano que bromea conmigo, que sorbe estruendosamente de una tacita, pareciera que se refieren a otra persona. Tal vez sus hijos creyeron conocerlo, tal vez la abuela creyó que lo conocía, pero el tiempo sólo prueba lo contrario: nunca se conoce a alguien. Ellos no conocen a este anciano sonriente que me lanza un beso ahora que voy al baño. No ven al canoso que lanza besos.

Ahora juega con una pluma fuente. Una pluma que trae habitualmente dentro del saco. Una pluma que, como cualquier cosa, prende su pasado. Finjo que no la veo. Peligro: me pregunta si conozco las andanzas de su pluma. Contra lo que espero, contra que espero que hable de la escritura cuneiforme, habla de su padre. El padre nunca está cuando uno lo necesita, dice. (Es menester de un padre retirarse. Un padre debe irse para que el hijo pronto tome su lugar. Es decir, un padre debe irse para que su hijo dicte sus propias órdenes. El hijo que sigue los pasos de su padre, cual perro faldero, es un ganapán. Yo, Emilia, con esta pluma maté a mi padre. Pero no me malinterpretes con una escena sanguínea de dos pesos. No, señor, no. Si mi vida fuera una película sería una de bajo costo pero de frases valiosas. Frases de oro pulido como las que dije a mi padre el día que compré esta pluma. Ya sabes que él quería que yo continuara su trabajo en la fábrica de textiles. Sobra decir que lo mandé al demonio. Ahora me pregunto cómo no se dio cuenta, cómo no intuyó que yo me negaría a seguir sus pasos. Nunca lo hice, nunca cumplí sus deseos. Cuando era niño quería que aprendiera a andar en bicicleta y desde entonces me rebelé. Siempre quiso que hiciera su voluntad, no se daba cuenta de que no iba a ser así.

(Te he contado que él creía que era afeminado mi interés por la lectura. Él, por ejemplo, hojeaba los periódicos mientras yo detestaba las notas perezosas. Le parecía que los libros estaban hechos para los homosexuales y las tías solteras. Menudo padre el mío. Pues bien, una noche decidí que no bajaría a cenar. Leía palabras más interesantes que

las que mi padre decía en la mesa. No quería bajar. Se puso furioso. Subió, brusco, abrió la puerta, brusco, y me exigió que bajara a la mesa. Sencillamente me negué. Me golpeó. El asunto, desde luego, no era el libro de Edgar Allan Poe que leía, no era mi lectura ni la cena familiar. El asunto era cuál de los dos vencería. Volvió a golpearme. No solté el libro. Volvió a golpearme y yo no habría bajado a la mesa aunque me hubiese dejado como un Cristo sangrante. Imposible. No había modo. Me golpeaba y yo ejercí, por primera vez, mi derecho a no llorar, mi derecho a hacer lo que me viniera en gana. No lloraría ni un día más. Pese a que me soltara uno y otro revés yo no lloraría ni soltaría el libro esa noche ni las que siguieran. Esa noche quedó claro: mi voluntad, no la suya. Me di cuenta pero él tardó en notarlo. Pasaron años, no se daba cuenta. No se daba cuenta de que nunca sería su sirviente, nunca atendería la fábrica de textiles. Pasaron años, decidí estudiar medicina. Cuando mi padre se enteró, me retiró la palabra. Apenas decidí estudiar medicina, apenas le dije a mi madre y esa misma tarde compré esta pluma en una papelería a unas cuerdas de la casa. Como ya me sentía médico, me adelanté: tenía la pluma para firmar recetarios sin haber presentado el examen de admisión. Sin título profesional, ensayaba mi firma de médico.

(Mis hermanos atendieron la fábrica de textiles. Los cuatro trabajaron allí. Desde que estudié medicina podría contar las palabras que intercambié con mi padre. A pesar del silencio, a pesar de la distancia, mi pluma es lo único que conservo de aquel tiempo. Es una gran pluma, Emilia. ¡Tanto garbo en una pluma fuente! A esta edad es inevitable volver al pasado, volver a ese tiempo sin enaltecer aquella decisión contra mi padre. Esta pluma marcó, porque lo marcó de manera indeleble, un punto sin regreso. Hay que osar, Emilia, hay que osar llegar a ese punto. Por terrible que parezca y por doloroso que sea.

(No te voy a mentir. Cuando mi padre cayó enfermo, yo precisamente, en mi condición de hepatólogo, podía ayudarlo, pero no lo hice. No atendí a mi padre cuando más me necesitaba. Pude haberlo hecho. No quiero ahondar en ese momento, pero créeme, Emilia, fue doloroso, no hay otra palabra. Él me necesitaba y yo no lo atendí, yo no estuve a su lado.)

El abuelo después de hablar de su padre parece más sereno que antes. Con esta serenidad podría elevarse, pero llama al mesero. Le pide una servilleta de papel. Pronto el mesero la trae, pronto el abuelo anota algo. Le pregunto si anota un poema. Déjame ser misterioso al menos cinco minutos, dice sin mirarme. Tiene setenta y dos años siendo un misterio, así que merece cinco minutos más.

Hay que decir que el abuelo escribe notas médicas, artículos de investigación, anota todo en pos de la gastroenterología. Sus libros de medicina están anotados hasta el cansancio, pero apenas subrayada a lápiz la literatura como si deseara que sus líneas horizontales pronto se desvanecieran. Es un anciano que sólo quiere dejar rastro en la medicina. Pero no. Ahora anota en una servilleta no sé qué cosa. De

cualquier modo, aunque me enseñe lo que escribe su manuscrito es ilegible. Pareciera que los médicos estudian una materia para abstraer su letra. Pese a que odia mi letra molde, él aprendió a trazar manuscrito con pluma fuente, pese a que dice que la letra molde y los bolígrafos son el mal de la juventud, el manuscrito del abuelo es una cadena de círculos indescifrables. Círculos minúsculos. Pareciera que repite una «a» manuscrita. De hecho, si el abuelo fuera psicoanalista, estoy segura, no tendría pacientes. Pensarían que los garabatos del abuelo son distracciones. Hace poco se refirió a su manuscrito. (Emilia, he ingresado como vocal del patronato del Instituto Mexicano de Psiquiatría gracias a mi letra ilegible.) Más de una vez nos hemos regalado libros cuyas dedicatorias son una fila de círculos apretados que nada dicen. De modo que, suponiendo que anote algo genial en la servilleta, nada entendería. Pero poco le importa.

Me entrega la servilleta. Sorpresa: manuscrito perfecto. Cualquiera podría ver que esta servilleta reza: Emilio Nassar. Pero, ¿Emilio Nassar, abuelo, qué rayos significa esto? Es la primera vez que entiendo tu letra y nada entiendo lo que quieres decir. Además de lo obvio, dice, es una muestra de lo que puede hacer mi pluma fuente. Acabo de contarte su historia y no te mostré sus capacidades. No entiendes nada, no entiendes: mi obra completa es mi nombre. Sólo eso y todo eso. Me llama alcornoque. Como bien sabes, continúa, soy un médico que no se retira, que no deja ninguna novela pero que se autoriza firmar los libros que no escribió. Éste soy: el hombre que firma la obra literaria que no escribió. Que mi nombre cuente mi historia mientras yo callo de buen grado. La servilleta que doblas en cuatro, que guardas en tu cartera, Emilia, vale lo que mi vida. Te la doy porque llevas mi nombre, querida, asunto que no es de poca monta.

Me negué a que mis hijos llevaran mi nombre, Emilia. Suficiente regalo mi apellido. Cuando tu abuela me anunció el primer embarazo, no te imaginas la discusión. Ella quería que nuestro primer hijo llevara mi nombre, pero suficiente trabajo me tomaba la carrera para regalar mi nombre. Fuese niño o niña yo quería que mi primer hijo se llamara Luis. Recrea la riña con su mujer. Para acotar la voz de la abuela, agudiza su tono de voz.

-Pero, Emilio, ¿si es niña?

-Una niña, pues, que se llamará Luis Nassar.

-Pero, cariño, una niña no puede llamarse así. Una niña debe llamarse Gloria, por ejemplo.

-De ninguna manera, Mari. Nuestro primer hijo, hombre o mujer, se va a llamar Luis.

-Jimena, Claudia, Carmen, Carmela o Inés.

-¿Te das cuenta, Mari? La chica más bella del mundo se llamará Luis. Mi hija estará obligada a tener carácter. Sobresaldrá por su carácter. Nombrar a una hija no es cualquier cosa, que el nombre de mi hija sea su adversidad.

-Pilar, Isabel, Mercedes, Patricia. Llamarse Esperanza le daría algo.

-Se llamará Luis.

-Yolanda, Yoli, podríamos decirle Yolandita, Yola, Yolanda.

-La mujer más bella se llamará Luis y sanseacabó.

Recrea el diálogo y gana él. Gana él porque tal vez reconstruir una discusión es como jugar ajedrez contra uno mismo: gana nuestro lado izquierdo o nuestro lado derecho. Pero también ganó Emilio Nassar por otro motivo. Su primer hijo fue mi padre. Mi padre que precisamente se llamaba Luis. En los cuatro embarazos de tu abuela, dice, el nombre fue un tema de discusión. La abuela se empeñaba en que alguno de los hijos se llamara como yo, dice. No discutimos nada, eso es tan sólo un decir, Emilia, porque yo tenía la última palabra. No me gustan las democracias, menos en mi casa. Pero llevas, próspera, mi nombre. Tanto me opuse a que mis hijos llevaran mi nombre y una tarde tu madre le llamó a tu abuela para decirle que te llamabas Emilia. María, muy contenta, me lo comunicó de inmediato. Fuimos al hospital el día que naciste. No sólo porque fuiste la primera nieta, sino porque me intrigaba conocer la clase de engendro que llevaba mi nombre. Entramos a la habitación 404 del entonces Hospital de México. Un alumno mío atendió a tu madre, recuerdo que Gómez Ponce me puso al tanto de los detalles del parto. Estaba a punto de hacerle unos comentarios cuando empezaste a llorar. No te conocía y ya me estabas interrumpiendo. Tus padres hicieron una broma que no me causó gracia. Desde ese momento me costaba trabajo imaginar a una niña que llevaría mi nombre como si fuese una pelota que podría ponchar en cualquier descuido. Tu padre escogió tu nombre.

Esto no lo he contado. Mi relación con tu padre fue distante. No dudo que tu papá se haya expresado de mí como yo me expreso de mi padre. Algo nos hacía diferentes. Tu papá era un buen muchacho, él escogió tu nombre. Un chico tierno, un chico obediente. Me obedecía y lloraba cuando lo golpeaba. Un hijo dócil. Esto no te lo había dicho, pero cuando murió tu papá, una parte mía se fue con él. Por obvio que suene así fue. Se muere un hijo y uno muere, de algún modo, también. La más dura de las pérdidas. El luto más amargo. La muerte de un hijo es el luto perenne. No lo entiendes y no deseo que lo entiendas nunca. Ya sabemos que todos mueren, por obvio que suene. Emilia, mueren los abuelos, mueren los padres, mueren los amigos, ¿pero un hijo? Uno nunca está listo, es algo inimaginable.

Cuando me anunciaron la muerte de mi padre, María me anunció la muerte de mi padre, observé una pared. Observé largamente una pared.

Con las manos en los bolsillos, salí a caminar cerca del hospital. Un parque cerca del hospital. Observé las aceras, observé el asfalto. Observé el piso, las grietas en el piso. No podía dejar de pensar en los pleitos con mi padre. No podía dejar de pensar, confieso, en aquel momento de enfermedad por el que pasó sin que yo lo atendiera por orgullo. Observaba las aceras, observaba el piso y no el cielo y no lo alto. Tal vez porque la muerte de un padre obliga a mirar el piso y no lo alto.

El día que murió mi madre apenas pude creerlo. De niño siempre creí que me afectaría más que muriera mi madre a que muriera mi padre. Si me hubiesen dado a elegir, ya lo sabía: que muera mi padre. Lo constaté. De algún modo me parecía que él podía morir sin que nada cambiara. Para mi padre, pese a ser tan duro, la muerte era tan sólo un golpe que no podía responder. Parecía que morir no le importaba, por lo tanto a mí tampoco. Pero la muerte de mi madre era el tema de mis pesadillas. La relación con mi madre era distinta. De niño pensaba que si ella moría yo me moriría con ella. El día que ella se fue vinieron de golpe todas mis pesadillas infantiles, de golpe todos los miedos que me nublaron de niño. Mi peor pesadilla era una en la que mi madre moría, en cambio, en más de una ocasión, cuando, por ejemplo, entregaba tarde una tarea en el colegio, deseaba que mi padre muriera para justificar mi tardanza.

Atendía a un paciente cuando me anunciaron su muerte. Había quedado en pasar a verla por la noche. Murió antes de nuestra cita. Cancelé mis consultas, cancelé mi visita a terapia intensiva en el Hospital Inglés. Di un paseo por un parque. Recuerdo que el piso estaba tapizado de jacarandas. Recuerdo que las jacarandas me hacían pensar en mi madre cantando boleros en el jardín de la casa. Recuerdo que observé las jacarandas al tiempo que pensaba en mi madre cantando. «Sufro la inmensa pena de tu extravío, lloro el dolor profundo de tu partida y lloro sin que sepas que el llanto mío tiene lágrimas negras, tiene lágrimas negras como mi vida.» Llegué caminando a la agencia funeraria. Pero, Emilia, el día que murió tu padre, caray, no había parque en el mundo para una caminata como esa.

Di vueltas alrededor de mi escritorio. Me senté en una silla. Me senté, comencé a llorar. Apenas lloré de niño. Lloré poco. Pero así como un día dejé de llorar, aquel día lloré mucho. Lloré muchísimo, no te miento. La muerte de mi hijo no me dejó otra salida. Lloré, claro, con la puerta cerrada con llave. Me tranquilicé. Observé al otro lado de la ventana. El viento movía las copas de los árboles. Un montón de hojas se movían con el viento. Abrí las ventanas. Escuché el sonido del viento moviendo las hojas de los árboles, moviendo las ramas. El viento desprendía algunas hojas de los árboles. Observé las hojas en las copas. Los matices del verde. Se movían las hojas, se movían las hojas rápido. Desde la ventana miraba los distintos tonos de verde en la copa de un árbol. Las hojas se movían en la copa, otras hojas se movían en la acera. Se movían las hojas, Emilia, como el mundo se movía.

En un segundo alguien muere y las hojas de los árboles siguen moviéndose. Alguna vez discutí su nombre con la abuela. Luis quiso ser profesor de medicina. Pasé años invalidando sus actos. Murió y las hojas se movían antes y después de su partida. Se movían las hojas como se movían el día que tu abuela me anunció su embarazo, como el día que le anuncié su muerte. Fue terrible darle la noticia. No te imaginas. María me anunció su embarazo y yo su muerte. Qué paréntesis. Pasé años invalidando sus actos, apocándolo. Lamenté, lamenté como nunca antes lamenté haber sido severo con él. Él, en lugar de rebelarse, cambiaba. Cambiaba tal vez para complacerme. Ya sabes que de niño tocaba el piano. Honestamente tenía madera para ser músico. Quería ser pianista. Pero yo no alimentaría a un pianista en mi familia. Alguna vez tocó el piano en el colegio, creo que tengo una fotografía de tu padre cuando interpretó una sonata de Schubert. Era bueno. En sus gestos se notaba que la pasaba estupendo tocando el piano. Pero, Emi, el panorama del país no le permitiría sustentar una familia si se hubiese dedicado a ser concertista. Yo quería lo mejor para él. Bastaron mis comentarios para que estudiara medicina. Buscaba mi aprobación y yo se la negaba. No me importaba qué hiciera ni cuántas hijas procreara con mi nombre. Pero el día que murió algo cambió. Algo en verdad cambió, algo lo distinguió. Lo distinguió lo mismo que siempre lo había distinguido y yo no había visto. Era un buen hombre. Pero algo en mí no toleraba su bondad. Tal vez esperaba un primogénito que me combatiera. Pero no era ése el carácter de tu padre. Él tenía un carácter suave, tierno. Lo opuesto a mí. Mientras yo quería que peleara conmigo, tu padre estaba de acuerdo en todo lo que le decía. Hasta que mis palabras fueron cada vez más duras y más secas, quizá provocándolo. Mis palabras se convirtieron en silencio. No lo entiendes, Emi, ni yo lo entiendo, pero así fue. El día menos esperado un hijo te enseña todo lo que tienes que saber de la vida. Ese día llega. Ese día llegó tarde. Tarde, un día lo entendí. Luis era lo que era y eso es todo lo que tenía y tiene que enseñarme.

¿Lo digo yo o lo dice él? Vayámonos, no sigamos hablando de Luis Nassar. El abuelo coge su sombrero. De una manera casual me entrega su pluma. Te entrego el paquete: la pluma, la servilleta y las cosas que te he contado, Emilia. Me besa la frente. ¿Por qué hace esto? ¿Se está despidiendo? ¿Para eso me trajo a Casa Bell? ¿Me contó sus historias porque son también mías? ¿Por qué me comparte su risa y sus pérdidas? ¿Me cuenta esto porque se despide de esto?

Guardo la pluma que deja en la mesa al tiempo que lo escucho. (Buscaba un pretexto para deshacerme de esa pluma fuente.) Minuto a minuto más tornillos se le zafan. Y a la postre, elogia, ahora resulta, a su sombrero. Caminamos hacia la puerta. Hace paradas en casi todas las mesas. Presume su sombrero con todos. De un momento a otro odia su pluma y ama su sombrero. Cada minuto entiendo menos.

¿Contarlo es un intento por entender? Tal vez lo cuento para fingir que entiendo. Tal vez lo cuento para reiterar que nada entiendo. Tal vez anoto estas palabras con la pluma que me dio Emilio Nassar para

comprobar que, por mucho que apunte, nada entenderé del pasado. Y así lo evado. Evado el silencio. Evado su silencio con cada palabra. Con esta palabra y con esta otra.

24

¿Cómo evadir una ausencia?

Emilio Nassar, con su nombre bordado en el bolsillo izquierdo de la bata blanca, me espera en la puerta del hospital. Un mes antes de que muriera esto pasa, esto pasó. Me espera en la puerta, entra al coche, se despide de tres enfermeras que pasan al lado. Una le sonríe. Arranco. El abuelo, ya sé, detesta que conduzca. Detesta que yo maneje, preferiría manejar él. Si en él recayera la decisión, manejaría todos los coches de la ciudad al mismo tiempo. Omnipresente tu abuelo en todos los coches, esta ciudad sería una lección de civismo, dice. (Por personas como tú al volante existe el caos.) Aunque el anciano se queja, sé que le gusta ir de copiloto. Sé que, al menos hoy, le gusta pese a que recuerda en voz alta el tiempo en que las mujeres no tocaban el volante. (Si las mujeres pueden conducir todo está permitido.)

Reprueba el camino que escojo, pero le pido que se calle, que me deje manejar como me venga en gana. No sé de dónde me salen estas palabras pero el abuelo las recibe favorablemente. De momento, el anciano que quisiera controlar todos los automóviles del mundo, comenzando por el mío, se conforma con observar plácidamente las calles. De pronto le gusta el camino que tomo. (Mira ese parque, Emi. ¡Y mira las jacarandas en el suelo! No, no mires, no choques. Pero mira cuántas jacarandas en el suelo. Mira la iglesia que está al fondo del parque. Hace años que no paso por aquí. La iglesia, Emi. ¡Todavía existen las iglesias! En esa iglesia tu padre hizo la primera comunión. Ese día tu abuela le peinó una raya en medio. Una línea perfecta, más perfecta que cualquier línea de Shakespeare. Peinado con limón. Hubieras visto la cara de tu padre. Tan bien portado. Tal vez tenga algunas fotografías de ese día. Según recuerdo en todas las fotografías aparezco mirando con asombro la raya en el peinado de Luis. No podía despegar la mirada de esa línea. Si tu abuela, y no Dios, se hubiera encargado de crear el mundo y lo hubiese hecho como peinaba a sus hijos, de otro mundo estaríamos hablando.)

Ayer tuve una dosis sustanciosa de sus historias en Casa Bell y, no conforme, luego fuimos al cine tal vez para que pronunciara un sermón a un auditorio imaginario de malos actores. Ninguna novedad. Pero cada día tengo ganas de verlo. ¿Qué le vamos a hacer? Nos vemos cada vez más, cada vez me cae mejor. Habla hasta por los codos. Pero ahora no habla. Observa a través del parabrisas, señala a un peatón y gime. Todavía existen los humanos, abuelo. Me mira, pestañea varias veces, y gime. Mi comentario desata sus gemidos. Unos aullidos, unos gemidos. Señala peatones y gime. Me señala y gime. Señalo la cafetería a la que vamos y gimo. Si alguien nos viera, si, por ejemplo, mi abuela nos viera, se seguiría de largo. Si nos viera María, estoy segura, agradecería el día que se fue con ese pediatra.

Entramos a la cafetería. Un chico nos pregunta dónde queremos sentarnos. El abuelo señala una mesa al fondo y gime. El chico lo mira como si fuera un retrasado mental al que he sacado a pasear. Pero el abuelo trae la bata puesta y una broma ajustada. El chico pregunta si quiero que guarde la bata del abuelo en el guardarropa. El abuelo vuelve a señalar la mesa al fondo y a gemir más fuerte. El chico se va, el abuelo retoma su papel de presidente honorario de la Organización Mundial de Gastroenterología: «¡Quería quitarme mi bata! ¿Pero quién rayos se cree? Si mis errores no me la han quitado mucho menos me la quitará un adolescente. Reconozco a un adolescente de inmediato: produce bigotes, poemas e insolencias. Ahora resulta que los patos le tiran a las escopetas».

Nos sentamos. Me pregunta qué me pareció el libro que me regaló hace unos días. Hablamos de ése y otros libros de Sándor Márai. Le fascina. Cita frases, recuerda nombres completos, anécdotas y detalles. Recuerda minuciosamente, meticulosamente su lectura como si se tratara de la historia clínica de sus pacientes. De golpe recuerdo que Sándor Márai se suicidó a los ochenta y nueve años. En ese tiempo, cuando leía a Márai, trataba de encontrar pistas. ¿Por qué se suicida un anciano? ¿Por qué le gusta tanto Sándor Márai a Emilio Nassar? No es que una pregunta tenga relación con la otra, pero tengo derecho a preguntar sin que nadie me responda. El abuelo tiene setenta y dos años y estoy segura de que no quiere llegar a la edad en la que Sándor Márai se quitó la vida. Al abuelo le falta poco, muy poco. Cada vez está más flaco, y aunque lo disimula con su carácter, está más débil. No por nada he manejado hoy, cosa que meses atrás no me permitía. ¿Pero cómo calcular el tiempo que le queda? ¿Cuánto tiempo le queda a mi abuelo? ¿Sería más preciso decir cuánto tiempo quiere? ¿Por qué carajos quiere irse? No le digo esto, pero le pido que dejemos de hablar de Márai. Lo he traído a esta cafetería porque lo quiero conmigo más tiempo y, sobre todo, porque quiero contarle todo a él.

Entonces déjame pedir algo, dice. Llama a una mesera que no lo atiende. Gruñe, se levanta de la silla. Toma, malhumorado, el menú al lado de la caja registradora. Regresa con el menú en la mano como si hubiera cazado un mamut y lo arrastrara hasta su silla.

Se llama Mario. Fuimos amigos durante años. Él tenía novia, yo tenía novio, pero allí estábamos Mario y yo en cualquier lado. Mario y yo juntos en todo momento. Esto, naturalmente, nos trajo problemas. No nos importaba. Pero algo cambió. Un día, abuelo, Mario estaba en mi departamento, hablamos lo de siempre y reímos por lo de siempre. Vimos una película. No te he dicho, pero Mario tenía un tic. Veíamos la película, echados en el sillón, y advertí ese tic que había observado un millón de veces. Cuando estaba nervioso o cuando terminaba de reír se rascaba la oreja derecha. Pues allí estábamos, viendo una película y de reojo observé que se rascaba, como siempre, la oreja derecha luego de reír. Nada seductor. Pero mientras Mario se rascaba igual que siempre, por primera vez, yo quería abrazarlo como nunca. Mientras se siguiera rascando de ese modo no me quedaría más remedio que besarlo. Me

asusté. Su tic, su oreja, su risa me atraían cada vez más. Pero no hice nada. Prefería conservar a un amigo que sumar un ex novio. Pasaron semanas así. El tema del tic se fue complicando. Tenía, abuelo, que mirar el piso cada vez que se rascaba la oreja. Temía besarlo en cualquier momento. No podía, sencillamente no podía, verlo cuando se reía. Pero no sirvió de nada. Sus movimientos, uno a uno, se convirtieron en explosivos. Un día pasó lo predecible. Mario y yo en su departamento. Una noche y un departamento. Sabes de qué hablo, estoy segura, abuelo. Y yo, desde ese momento, supe que era el inicio de algo. No sabía qué empezaba, pero algo empezaba. Terminamos las relaciones que teníamos. Él le llamó a ella, yo le llamé a él, nos vimos más tarde. Raro, pero me sentía tan bien que presagiaba la devastación. Pero si la devastación venía después de estar con él, era, pues, bienvenida.

Mi miedo parecía tener la última palabra. Le enseñé a Mario lo peor de mí. Tal vez quien más nos quiere es quien recibe lo peor de uno. No podría enlistar la cantidad de estupideces que hice y dije. No podía tolerar la idea de estar bien con él, por extraño que suene. Aunque sabía que todo iba bien, mis desplantes me entregaban otra historia. Poco a poco me fui sintiendo mejor, pero él, poco a poco, se fue sintiendo peor. Me comporté como un cavernícola. Estupidez tras estupidez llegué a pensar que lo más sensato era conseguir un garrote. Todo se fue nublando, abuelo. Observé cómo se avecinaba la tormenta, la vi entrar. Cayó la tormenta una de esas noches. Troné, una noche, troné. Esa noche golpeé una pared.

Fuimos a una fiesta. Nos peleamos. Ya dije que tu nieta es más parecida a un cavernícola que a una señorita que estudia letras. No me he titulado de la licenciatura pero bien pude haber merecido una maestría en discutir. Discutía con una facilidad que me parecía tener el don de convertir una minucia en una causal de divorcio. Podía convertir, abuelo, un plato sucio en un problema que concernía al orden del universo. Pues nos peleamos y salimos de la fiesta. Tomamos un taxi. Seguimos discutiendo en el taxi. Entramos a su departamento. Me reclamó algo, yo respondí golpeando una pared. Golpeé, abuelo, una pared con toda mi fuerza. Dejé una marca circular apenas notoria. Decidí que ése sería mi punto final. No diría ni haría nada más. Azoté la puerta y me fui. No volví a llamarle, no volví a contestarle el teléfono. Esto pasó poco antes de que nos reencontráramos, abuelo. Poco antes de que insultaras un salero en un restaurante, yo golpeaba una pared.

El abuelo frunce el ceño, carraspea. Tranquilo, me mira. Toma el menú, lo hojea, lo cierra. Pide un café con leche. Una mesera toma la orden. El abuelo se lleva la mano a la barbilla. (A ver, no olvides que soy viejo. Ya sé por dónde crees que va el asunto, imagino tus zapatetas. Cabe decirte ahora, nadie está más tiempo del que quiere ni más tiempo del que debe estar. Entiende eso. No te vas, Emilia, uno nunca se va. No te vas a ninguna parte mientras tus temores se vayan contigo. No hay manera de huir. La vida es más sencilla de lo que crees. Tú has tenido novios, y, como sabes, mi única mujer ha sido tu abuela. Eso ya lo sabes. Claro, no

podría negarte que a lo largo de estos años he conocido mujeres muy bellas. Pero simplemente soy hombre de una mujer. Aunque María se haya puesto celosa en más de una ocasión, en el fondo sabía que ella era la única. Es sencillo: así lo decidí.

(La escogí a ella y punto. Así como elegí usar siempre calcetines negros, así la escogí a ella. Pero esto no quiere decir que no hubiesen momentos en que hubiera querido desistir. Mi mujer hacía muchas cosas que me costaba tolerar. Le echaba, por ejemplo, mucha sal a la comida. Le gustaba jugar canasta con sus amigas, le gustaba ver telenovelas, le gustaba separar ridículamente la comida en recipientes. Lo peor: tu abuela usaba palabras cuyo significado ella desconocía. ¿Puedes imaginarte algo peor? Había tantas cosas de mi mujer que no me gustaban, tantas como patologías en el mundo. Pero éstas no eran causales de divorcio. Negociar con mi mujer era negociar conmigo. Debes aprender a negociar. Tu abuelo no va a estar siempre, Emilia. Aprende de una vez que todo es más sencillo. Domina tus miedos porque éstos dominan tus huidas. No hay nada digno de temer. Te lo digo yo que soy viejo: el miedo es estúpido, hay que alejarse de la estupidez. Lo tienes todo, Emilia. Por otro lado, ese tal Memo no era para ti, pero más vale que tomes en cuenta lo que te he dicho. No voy a estar siempre y no quiero que mi nieta huya como una criada.)

Se llama Mario, abuelo. Además te recuerdo que de niña quería ser sirvienta y las sirvientas huyen. (Pues ni ese Memo ni los otros Memos eran para mi nieta. Así de sencillo. Lo tienes todo, Emilia. Lo tienes todo: ¡Soy tu abuelo!)

Pide otro café con leche, pido un café igual que el suyo. No entiendo, dice, por qué los jóvenes se complican tanto. Confiesa que la abuela lo tachaba de metódico. Pero ser metódico es la única vía a la sencillez, dice. Presta un ejemplo: sus calcetines. Me muestra sus calcetines. Ya sé que el abuelo siempre usa calcetines negros, pero lo cuenta. Una vez la abuela hizo un viaje. (Le invité un viaje a Nueva York, a ella y a sus hermanas. Una noche me llamó para saber qué quería de regalo. Le pedí una docena de calcetines negros. Pues bien, la abuela regresó con una docena de calcetines negros y una docena de calcetines grises. Le gustaba provocarme. Naturalmente tiré a la basura los calcetines grises. Sencillo: uso calcetines negros. Así como todos los días voy a mi consultorio y todos los días necesito tener un libro delante de los ojos, todos los días uso calcetines negros. Todos los días uso calcetines negros y sanseacabó. Si esa noche, si la noche que tu abuela me dio la docena de calcetines grises la hubiese guardado en el cajón algo habría cambiado en mi vida, algo se habría derruido. Mis decisiones las escribo en piedra. ¿Comprendes? Este tipo de decisiones insignificantes muestran el carácter de un hombre.

(Tú, Emilia, no te puedes escabullir al primer defecto que encuentras en alguien. Tienes que negociar, hija. Tienes que aprender a negociar, sobre todo, contigo. No estamos aquí para dormir angustiados: hemos venido a pasarla bien. Eso es todo. Imagina que yo hubiese usado

calcetines grises o que hubiese dejado a tu abuela porque veía telenovelas. ¡No, señor, no!)

No hay mujer ni hombre justo, dice. Según él todo es cuestión de disfrutar. Disfrutar los errores, pasarla bien. Pasarla bien, carajo, dice. Dice «carajo» varias veces en voz baja. Así pronuncia las groserías, las palabras rústicas, él las llama así y en voz baja las pronuncia. Estamos aquí para pasarla bien, entiende, hija. El abuelo me muestra sus calcetines negros. Dice que un calcetín mal puesto lo hace sentir incómodo. (Un calcetín mal ajustado me hace sentir tan incómodo como una palabra mal empleada.) Estira sus calcetines a la altura de las rodillas. Me presume sus calcetines negros, bien estirados. Señala el elástico de su calcetín izquierdo, luego el elástico derecho, sus calcetines bien ajustados. Señala sus calcetines y gime. Éste, el hijo de puta de mi familia, gime al señalar sus calcetines. Éste, el hijo de puta que más quiero.

(Tú, que estudias letras, debes saber, ¿Sándor Márai usaba calcetines negros?) Respondo con una pregunta. Le pregunto, nunca le he preguntado, si le hubiera gustado escribir. El abuelo responde: «Soy médico, Emilia. Soy médico y lector. Ser lector es más natural que ser escritor. No me gusta complicarme. Salvo vidas y los libros me salvan. Además soy tu psicólogo improvisado. ¿No es ya suficiente quehacer para un hombre de mi edad? Por otro lado, si quisiera escribir lo que le faltó a Sándor Márai, tengo la vida por delante. Tengo tiempo de sobra. Pero es todavía más sencillo: soy un doctor lector».

26

Lo que te salva te destruye.

José lee unas fotocopias sentado en el sillón. Lee en silencio un cuento que traducirá para el suplemento. Leo, en otro sillón, un libro. Hablamos de la imposibilidad de traducir tal o cual palabra. Deja las fotocopias a un lado, cierro el libro. Hablamos de la dificultad de traducir. Me cuenta una anécdota de Bioy y Borges. Le cuento una anécdota de Beckett y Cioran. En París, absortos los dos en un departamento, tratando de traducir al francés la palabra *lessness*. No encuentran la palabra, se separan decepcionados. Continúan, insomnes, en sus departamentos, dando vueltas a la palabra sin traducción. A la mañana siguiente se escriben una carta. Ambos escriben una palabra, la misma palabra, *sinéité*, que poco se acerca a la que buscaban. A José le gusta la imagen de ese par escribiendo la misma palabra. No sabía que Beckett y Cioran se encontraron en París. Emilio Nassar habría dicho, de estar aquí, que dos de sus amigos se reunieron una noche sin que lo invitaran a la fiesta. José se sienta a mi lado, dice que le habría gustado conocer a Emilio Nassar un tanto más que a Beckett y a Cioran.

Le pregunto si quiere cenar. Pongo agua en una olla. Prendo la hornilla con un encendedor. Una explosión a escala nos hace bromear. Haré una pasta con salsa de lata. Seguimos hablando sobre la traducción. Sé, mientras lo escucho hablar, que esto no me había pasado. Sé, mientras abro una lata de salsa de tomate, que los días con él son nuevos. Sé que no hay otro modo de decirlo. No hay traducciones. Versiones, metáforas, en todo caso, de lo que quiere decirse.

Echo la pasta en la olla. Nos besamos. Tiramos unas cosas de la mesa. Tiramos la lata de salsa a medio abrir, tiramos al piso las fotocopias. Tiramos todo al piso.

Llevamos casi un año juntos, ocho o diez meses, que para mí equivalen a diez años. Esto nos pasa a menudo. Vamos a cocinar algo, por ejemplo, y tomamos las desviaciones propias del impulso. Estas desviaciones son de primera importancia. Me pregunto cómo a alguien podría importarle más la política o la economía, no se diga una pasta o una lata de salsa, más que el sexo que es de primer orden. De paso, tiramos todo lo que está cerca. José y yo habríamos demolido la ciudad si fuese del tamaño de mi departamento.

Esto también es nuevo. Otras cosas tiré con Mario. Tal vez pocas cosas. Acaso un cojín, una almohada, un calcetín en el borde de la cama, alguna cosa mal puesta. Con José no. Con tal de acostarnos, con tal de estar tal como queremos, tiramos, de veras, cualquier cosa. Nos ha pasado varias veces. Cuando nos peleamos, por ejemplo. Nos peleamos y sin saber cómo ni cuándo terminamos en la alfombra, en el piso, en el sillón. Donde estamos.

El sexo es el remedio en las discusiones. Nos hemos peleado varias veces, pero no nos hemos acostado suficientes veces. Escenas, cada vez más frecuentes, que terminan con un te juro que no lo vuelvo a hacer pero ven acá. Escenas de te odio pero ven. Hace unos días, por ejemplo, no quería que me siguiera preguntando por Mario. Azoté la puerta de su estudio. Ya no quería discutir más, pero entró. No se te ocurra llamarle al imbécil de Mario, dijo. Mario no es ningún imbécil, imbécil. Además, desde que terminamos no he vuelto a hablar con él. Me abrazó. Tenía ganas de irme de su departamento cuando me desvistió. Ahí terminó la discusión. Tal vez porque el sexo todo lo soluciona. Si es que hay algo que pueda solucionar.

Ahora nos medio vestimos. Prendemos la televisión. Cenamos. Vemos la televisión. Vemos una película con actores de quinta y diálogos de octava. El abuelo, de estar aquí, los regañaría. Regañaría Emilio Nassar a los actores aunque estén en la pantalla. Lo hizo más de una vez. No traducimos fotocopias, no leo el libro para la clase de mañana, pero muy atentos observamos la televisión.

Cambiamos de canal. Un noticiario cultural. Habla una profesora de literatura al tiempo que acaricia a un perro sentado en su regazo. Habla José de su madre. Recuerda que, cuando adolescente, su madre llevó un perro a la casa. Un cachorro enfermizo. Duncan. Cuenta. Durante años aquel perro los unió. Duncan era un perro que se enfermaba de todo. José y su madre hablaban constantemente de las enfermedades del perro. Podían pelearse, podían dejarse de hablar, pero si le pasaba algo a Duncan, allí estaban juntos en la cocina poniéndose de acuerdo para llevar al perro al veterinario. José la pasaba en la escuela, su madre la pasaba en la universidad, el perro mientras tanto coleccionaba enfermedades. Un día Duncan se murió. Murió el perro y José y su madre se llevaron mejor. Antes se peleaban por todo, se peleaban, por ejemplo, por la música que se escuchaba en la casa. Su madre escuchaba a Beethoven en su estudio y José escuchaba a The Cure en su cuarto. Se peleaban por el volumen de la música como se peleaban por cualquier cosa. Pero murió el perro y algo empezó. No había perro enfermo en la casa y tenían tema de conversación. Otros temas se fueron integrando a sus conversaciones. Y un viernes, un viernes por la tarde, se toparon en la explanada de la universidad. Fueron a comer. José y su mamá comieron en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Comieron juntos esa tarde como otras que siguieron. Una de esas tardes, ella, su madre, le anunció su cáncer.

Sabemos lo que vino después. José sueña con cierta periodicidad que la vuelve a ver. Como sueño que vuelvo a hablar con el abuelo o como sueño que vuelvo a ver a mi padre. Ya sabemos lo que viene después de que alguien muere. Muere para instalarse en los sueños. Vive en los sueños, como vive en el día a día del que lo sueña. Ya sabemos. La muerte no tiene noticias de primera plana. A fin de cuentas, los obituarios no son un género literario, no son una rama del periodismo, son iguales en cualquier parte.

José cuenta sobre su madre. La tesis doctoral que preparaba pero no escribió. La sobrepoblación de fichas, las fichas saturadas de una letra minúscula; las fotocopias anotadas; los libros subrayados, los libros ordenados por autor; las páginas de los libros separadas con papeles de colores; los engargolados con tapas azul marino y una máquina de escribir sobre un escritorio de madera. El montón de hojas blancas de una tesis que su madre no escribió. Las cosas en el estudio son las cosas que José recuerda de su madre. Hablo de Emilio Nassar. Un doctor lector que además de textos médicos sólo escribió su nombre en una servilleta. Servilleta que, por cierto, tengo enmarcada en mi sala. Su madre era una profesora de literatura comparada que no escribió su tesis doctoral, un legajo de hojas blancas que José guarda en un cajón. Volvemos a contar lo que ya hemos contado. Quizá porque no importa lo que pasó sino que volvemos a contarlo. Contar una desdicha una, eso lo sabe hasta una lagartija.

Son las tres de la mañana. José tiene que despertar temprano, tiene que llegar temprano al suplemento. Yo tengo que llegar temprano a un salón de clases. Antes de irnos a la cama, José bebe un yogur de fresa. Tiene esa costumbre rara de beber yogur de fresa antes de dormir. Nos vamos al cuarto. Nada me preocupa la tarea. A José sí. A José le preocupa no haber terminado la traducción. Acostados en la cama me dice esto. Durmamos, pues, José, mañana acabas. Le doy la espalda. Enlista sus pendientes de la semana. Bueno, ya, José. Imposible. Imposible detenerlo. Poco le falta para redactar en voz alta los correos que tiene que enviar. Soy un ventrílocuo tratando de meter el muñeco dentro del maletín.

Empezamos a discutir. Llegamos más o menos adonde hemos llegado estas últimas semanas. Le pido que se detenga. Ya sabemos que no podemos sacar las manos de un pleito. Me levanto de la cama, se levanta. Discutimos sin encender las luces. Y así, en medio de la discusión, me confunde el nombre. Lucía. Me llama Lucía. Me quedo helada. Entiendo, por primera vez, qué es quedarse helada. Contra lo que se cree, es peor que se confunda el nombre en una discusión que en un orgasmo. No con cualquiera se discute a las tres y media de la mañana. En una discusión así, a las tres y media de la mañana, José decide intercambiar mi nombre. Al carajo con los orgasmos, al carajo con las discusiones. Al carajo con todo. No tengo palabras. Apenas dos palabras. Soy Emilia. Otras dos. Soy Emilia, puta madre.

28

Lo mismo duele soltar un golpe que recibir un golpe.

Otros golpes, otros días. José y yo nos peleamos más. Cada día lo conozco menos, cada día me desconozco. Nuestros pleitos son un rompecabezas y somos malos con los rompecabezas. Desordenamos todo, no acomodamos nada. Con cada palabra desordenamos y nos golpeamos. Nos golpeamos también con el silencio. No encontramos soluciones, queremos resolver un rompecabezas pateándolo. Cada vez llego más lejos, cada vez llega más lejos. Ahora azoto puertas. Cada vez lo hago mejor. Ahora azoto el teléfono para cortar la línea. También perfecciono esta técnica.

No me reconozco. Me convierto en una caricatura. Soy un dibujo de la rabia. Me peleo con él y quiero romper todo. Nos peleamos y quiero golpear. Quiero golpear la pared, tirar el edificio, tirar los edificios vecinos y apenas tengo fuerza para azotar una puerta. Quiero destruir las frases que dice, las frases que ha dicho, pero cuelgo el teléfono. La rabia me convierte en una caricatura. Es una pena que deteste las caricaturas.

Hemos dejado de vernos. José y yo hemos dejado de dormir juntos. Lo extraño. Pero cuando nos vemos pasa lo mismo. Discutimos, estallamos. El final de una relación es predecible, se asoma desde el principio. Eso que tanto me gustaba de él es precisamente lo que ahora aborrezco.

En el amor no hay lógica ni explicaciones. Con tal de recibir un poco de cariño, un poquito, allí estoy, allí estamos. Allá vamos, de un extremo a otro vamos. Nos queremos y nos lastimamos. ¿Nos lastimamos porque nos queremos? Nos separamos y, tal vez, a distancia nos queremos. Tal vez de esto se trata: te quiero porque estás lejos, cuando estás cerca te quiero lejos.

Cuando juro que no volveré a llamarlo, le llamo. Sé que no lo quiero ver y lo veo. Sé que no quiero llamarle y le llamo. Eso hago ahora, eso estoy haciendo. Le llamo. Le pregunto qué va a hacer al rato. Es domingo por la noche, podríamos ir al cine. Irá al cine con una amiga, dice. Con una amiga. Una amiga. Enloquezco. Al cine. Enloquezco y exploto. Le digo al teléfono lo que odio de él. Lo digo, no hay vuelta. No quiero saber nada de ti. Terminamos. Corto la llamada y corto esa relación. A la chingada, José, se acabó. Le hablo a la pared. Rompemos a las ocho y cuarto de la noche de un domingo que es como cualquier otro. Rompemos en un desplante como otro. Como no hay finales espectaculares, nos retiramos sin aplausos. Doy vueltas por mi departamento. Doy vueltas. Doy vueltas a la llamada. El final, nuestro final, y los finales que repaso dando vueltas en mi departamento.

Mi primera ruptura fue a los siete años. Rodrigo. Rodrigo y yo íbamos en la misma primaria. Rodrigo no podía pronunciar la erre. Hice intentos clandestinos, intentos disfrazados, intentos explícitos para que pronunciara la erre. Rodrigo hablaba mucho, pero Rodrigo no sabía pronunciar su nombre. Pronto no aguanté. Un día, un cumpleaños, me llevó un ramo de flores. Rodrigo, un ramo de flores, sin erres. No pude soportarlo. Rompí con él. Le conté al abuelo. Aprobó la ruptura. (¿Un niño que no sabe pronunciar su nombre? ¿Qué clase de enfermedad es ésa?, explícame, Emilia.) Final sencillo: no puedo ser tu novia porque no sabes pronunciar la erre.

Mi segunda ruptura fue a los quince años. Cristian. Cristian y yo íbamos juntos en la secundaria. Nos reíamos de todo. De noche, hablábamos horas al teléfono. Íbamos a fiestas, íbamos al cine, íbamos juntos a todos lados. El abuelo decía que Cristian tenía cara de niña. (¡Qué desgracia ser hombre y parecer mujer! Su única fortuna es ser tu novio.) Cristian y yo patinábamos los sábados en un parque. Él en patineta y yo en patines. Un sábado, una tarde después de patinar, me dijo que se iría a estudiar a Los Ángeles. Esa tarde me dijo que no podíamos seguir. Final: si no vivimos en la misma ciudad no puedo ser tu novio.

Mi tercera ruptura fue a los veinte años. Pablo. Cuando lo conocí no me gustó. Era feo, pero me divertía mucho con él. Final fácil, aunque no tanto.

Mi cuarta ruptura fue a los veinticuatro años. Mario. Esa noche golpeé una pared.

Mi quinta ruptura es José. La más reciente, vaya que es reciente, veinte minutos atrás, es José. Ahora enciendo la televisión.

Me echo en el sofá. Observo la televisión. Cambio de un canal a otro. Un documental. Un gorila en un documental. Un narrador español habla del gorila. Un gorila de montaña. Doscientos cincuenta kilos. Macho de espalda plateada. Duerme diez horas. Un gorila que pasa catorce horas echado en una piedra. No hace nada, dice el narrador, más que descansar. Pero, desde mi punto de vista, hace todo: se echa en una piedra todo el día y juega con una rama. Juega con una rama, la mastica. ¿Cuáles son las expectativas que tiene un narrador de documentales? ¿Acaso el narrador de documentales compara a un gorila con sus actividades semanales? ¿Si el primate fuese al banco, a la oficina, a una junta, el narrador se expresaría mejor de él? El gorila mastica lentamente. Exhala lento. Pareciera que no tolera la voz del narrador, pareciera que, de tenerlo enfrente, deglutiría al narrador.

Otro gorila. Otro gorila aparece en la pantalla. Uno que corre apoyándose en las cuatro extremidades, llega al lado del gorila que juega con la rama. Trata de quitarle la rama. El gorila de la rama se levanta, se golpea el pecho, grita, ronco, grita fuerte. Se vuelve a golpear el pecho. El otro gorila lo golpea. Luchan. Luchan por una rama. El narrador dice que la jerarquía entre los gorilas se establece según el carácter y no según la fuerza física de los primates. El gorila de la rama golpea torpemente al otro, lo lastima. Golpea al gorila que no tiene la espalda plateada. Lo golpea con los puños, lo tira al suelo, se detiene nariz contra nariz. Agresivo, cada vez más feroz, ataca. Defiende su ramita. No sólo entiendo al gorila, sino que asesinaría si alguien ahorita tratase de quitarme mi control remoto. El narrador se exalta, aprovecha para decir todo lo que sabe sobre la ferocidad de los gorilas, mientras que el otro gorila, con sus doscientos cincuenta kilos, su mala cara, vuelve a golpear al gorila en el suelo.

La rama descansa sobre una roca cerca de los dos gorilas. El narrador y la montaña dicen que hay otras ramas. Pero ésta y sólo ésta es la rama que el gorila escogió. El narrador dice que los gorilas se pelean por una hembra, pero no hay hembras a la redonda. Hay una rama que descansa cerca del combate. Vence el dueño de la rama. Ahuyenta al otro gorila. El narrador justifica la huida del gorila lastimado, mientras que el otro, el gran espalda plateada regresa, se arrastra apoyándose en los nudillos, a la piedra.

El gorila come unas hojas de la punta de la rama. Me da hambre. Voy a la cocina. Abro una lata de atún. Me preparo un sándwich. Al lado del pan, al lado de mis llaves veo la copia de las llaves del departamento de José. Aunque sería ridículo marcarle para entregárselas imagino la llamada telefónica. Pienso en la llamada que recién hice. Carajo, la ridiculez no tiene límites. No lo llamaré para eso. Me quedo con la copia de las llaves de su departamento como el gorila de montaña que golpea

a otro para quedarse con una rama. Tal vez lo único que queríamos era esto. Conocernos, acostarnos, hablar, pelearnos, azotar puertas, cortar las conversaciones al teléfono para quedarme con esto. Que las llaves de su departamento sean mi trofeo. Que la copia sea una prueba de mi triunfo: me quedo con unas llaves que no volveré a usar. Después de todo, los trofeos son inútiles y decorativos. Si viene a pedírmelas responderé con unos rugidos graves y golpes en el pecho. Venceré: lo ahuyentaré. Me guardo en el bolsillo las llaves que no volveré a usar y llevo el sándwich al sillón. Observo al gorila en la televisión, muerde una rama al tiempo que muerdo mi sándwich.

La noche que José me dio las llaves de su departamento, una copia de sus llaves, fue una copia de otras noches. Fuimos a un karaoke. Llegamos tarde. Llegamos tarde al karaoke porque antes pasamos a su departamento.

Quiere recoger algo, no me dice qué. Parece un pretexto, pretexto con el que podría iniciar una película pornográfica y con ese pretexto hacemos en su cuarto lo que se hace con cámara en una película pornográfica. Suena el teléfono. Debe ser alguno de sus amigos en el karaoke. No contestamos. Salimos pronto, llegamos tarde al karaoke. Llegamos tarde porque los amigos de José aclaman, aplauden, le piden a Sandy que tome el micrófono. Mientras instan a Sandy, nos sentamos. Otras mesas se unen, animan entre todos a Sandy. No sé quién es Sandy, no sé qué es un micrófono, pero pronto sé quién es ella. Una chica en la mesa de al lado se levanta. Los aplausos dicen que ella es Sandy.

Una chica de sudadera y jeans, lentes y cabello rizado, sube al escenario. Parece más bien tímida. Toma el micrófono, observa fijamente una pantalla, inicia un fondo musical. Aparece, blanca, la letra de la canción en las pantallas. Sandy se prepara. Cierra los ojos, se acerca el micrófono y comienza a cantar. La letra, blanca luego amarilla, de una canción. «No sabía de tristezas ni de lágrimas ni nada que me hicieran llorar. Yo sabía de cariño, de ternura, porque a mí desde pequeño eso me enseñó mamá.» Sus amigos, sin duda sus compañeros de la oficina, cantan con ella. Los amigos de José se unen al coro. Ella, Sandy, se aleja el micrófono, abre los ojos, extiende un brazo y observa el techo del local como si mirara el cielo. Canta como quiere, pero nosotros la seguimos como podemos. «Hasta que te conocí vi la vida con dolor». Canta Sandy, canta y sonrío, canta y cierra los ojos. Cierra los ojos y frunce el entrecejo, actúa las palabras que canta.

José pide dos cubas, un mesero las trae. José me da una cuba y un juego de llaves. La voz de Sandy, el falsete sonoro, apenas me deja preguntar si quiere que guarde esas llaves. Hablar en medio de un coro fervoroso rayano en la desgarradura es nadar a contracorriente y yo no sé nadar. No me entiende nada, no entiendo nada. Digamos que no entiendo, digamos que creo escuchar que la cuba y las llaves son cortesía de Sandy. Eso, parece, dice José. En lugar de, digamos, cantarle una canción a cambio de las llaves, le hago una mala broma que se queda en ese karaoke. Eso le intercambio a José por las llaves de su departamento. Otras, otras como Sandy, cantan. Otros, otros como Juan Gabriel, componen canciones. Yo, en cambio, hago malas bromas cuando me entregan algo importante. Si fuera Sandy cantarías así, ojos cerrados y micrófono alejado; brazo extendido y voz entonada, pero yo me tomo una cuba. Si fuera Juan Gabriel compondría canciones para cantarlas en Bellas Artes, pero yo me distingo en los karaokes por no

tomar el micrófono. Me distingo en mis relaciones, en todo caso, por ofrecer un amplio repertorio de tonterías. Si a la postre alguien, por primera vez alguien me da las llaves de su departamento junto con una cuba, no tengo más salida que decir una sandez. Si me ofrecieran una vida la intercambiaría por un mal chiste. Tengo muchos malos chistes en el bolsillo y tengo una copia de las llaves de su departamento. Sandy termina de cantar, le aplaudo de pie. Le aplaudo de pie porque no es como yo.

En un karaoke se dicen y hacen más o menos las mismas cosas. Pedimos cubas. Brindamos por las peores frases que aparecen en las pantallas, festejamos las imágenes de los videos de las canciones, cantamos a coro. No nos reservamos ningún elogio cada que Sandy canta. Repetimos, separando sílabas, primero blancas luego amarillas, las cosas que dicen los borrachos. Estamos borrachos, estamos en un karaoke, seguimos al pie de la letra lo que se platica en estos casos. Si seguimos así pronto empezaremos con declaraciones de cariño. Pronto le diré a Sandy que la quiero mucho. Pero no. Repetimos y repetiremos, en todo caso, lo que otros días. Lo que otros días y no. Hoy es diferente porque tengo en el bolsillo las llaves de su departamento. Nos quedamos, repitiendo y repitiendo las mismas cosas, hasta que los meseros voltean las sillas y las colocan sobre las mesas. Las sillas al revés sobre las mesas, nosotros al revés sobre los mismos temas. Nos quedamos hasta que apagan los televisores. Nos quedamos hasta que apagan la última televisión. La última cuba y nos vamos. Un mesero apaga la última televisión. Yo ahora apago la televisión en mi departamento. Dejo las llaves, la copia de las llaves de su departamento, en la cocina. En la cocina, sus llaves al lado de las mías. ¿Los finales son siempre iguales? Vaya domingo, vaya final con José. José, carajo, José. Apago las luces de mi departamento. Apago las luces como esa noche, la noche que me dio sus llaves, apagaron las luces en el karaoke para corrernos.

33

Entender: no existen las despedidas.

Aquel sábado, el último sábado, el abuelo la pasó despotricando. Cualquier detalle, cualquier mínimo detalle, despertaba su rabia. Cuanto menor era el detalle mayor su rabia. Tal vez los más iracundos son los ancianos y los enfermos. El abuelo, ese sábado, abrazaba la vejez y la enfermedad. Cualquier cosa despertaba su rabia. Crecía su rabia y crecían sus bromas. Esto, creo, ya lo he dicho. Pero no he dicho que ese sábado, ese último sábado, su rabia lo vigorizó como ningún otro día.

Antes de aquel sábado, Emilio Nassar llevaba días en cama. En cama llevaba días el hombre más flaco y demacrado que he visto nunca. Llevaba días relejendo *En busca del tiempo perdido*. Intenté invitarlo a comer, invitarlo al cine, invitarlo a caminar pero me respondía con un párrafo de Proust. Era complicado. Empeoraba su salud, empeoraba su semblante, pero cada vez parecía tener más energía para citar a Proust de memoria. Intenté que visitara a un médico. Imposible. Fingía que no me escuchaba. Intenté que me permitiera llevar a un médico a su cuarto. Lo veía en cama, acostado en su cama king size, y me decía que estaba perfecto, decía que su cama era tamaño king size como su vida. Perdía fuerza para hablar pero criticaba con tanta fuerza desde su cama que me confundía. Sus palabras aparentaban coraje, pero su debilidad física apuntaba que en cualquier segundo moriría. Insistí nuevamente en que un médico lo visitara. Respondía malhumorado. (Un médico no consulta a otro ni en la peor enfermedad, suficiente tiene consigo mismo.) ¿Si traigo a Óscar para que te revise? (La especialidad médica de Óscar es ser mi amigo.) Respondía de mala gana, con mala cara, echado en su cama. Entrelazaba los dedos, callaba, fruncía el entrecejo hasta que le dejaba de insistir.

Quizá otro caso, un hombre de setenta y dos años en cama, renuente a visitar al doctor parezca normal. Normal y quizá un momento de terquedad senil. Éste no era el caso del abuelo. Estaba en la cama porque sabía, sabíamos que le quedaba poco, muy poco tiempo. Era consciente, de hecho era tan consciente de que su dieta en pos de la muerte estaba culminando, que comenzó a dormir en mangas de camisa y pantalones de vestir. Quería prever, quería prever incluso su atuendo. Quería, sin decirlo, que lo encontraran bien vestido, no en pijama. Si lo llamaba de noche intuía que se ajustaba la corbata mientras hablábamos. Los dos lo sabíamos. Faltaba poco, pero no sabíamos cuántos segundos sumaban poco tiempo.

Me preocupaba. El abuelo no quería ver a un doctor. (¡Me veo diario en el espejo, caramba!) No quería ir con un doctor porque sabía que no había nada que hacer. Conocía mejor que nadie el diagnóstico. Sabíamos que en cualquier momento interrumpiría su lectura sin poderla reanudar. Así quería hacerlo, no había modo de contrariarlo. Así, desde el día que empezó a buscarme más, lo decidió. Lo decidió, lo

escribió en piedra. Lo decidió así tal vez desde el momento en que nació: si Dios ya había tomado una decisión, él tomaría la última. Siempre que pudo, el abuelo repitió que los patos no le tiran a las escopetas y, para él, Dios como cualquiera era un pato. Se haría lo que él quisiera. Decidió que ese sábado así sería, y yo ese sábado lo fui a ver. Me pidió que ese sábado fuera a su casa.

Entro a su cuarto. Llevo comida de Casa Bell y una película. El abuelo, desde luego, bien vestido, desde su cama, desprecia la comida. (¿Todavía existe la comida?) Le muestro la película que renté. Me pide el año de realización. Balbucea, huraño, balbucea. (¡Una película moderna! Cualquier grupo de cinco chicos hace una película en estos días: uno de ellos sostiene la cámara y los otros cuatro mueven al chico con la cámara. Me niego a ver una película moderna que se cree buena porque presenta imágenes temblorosas.) Sigue contra el cine, contra la televisión, pero me pide que le pase el control remoto.

Prende la televisión. Acostado en el centro de su cama king size, prende la televisión. Siguen sus balbuceos. (Si movieras la televisión, Emi, una telenovela podría parecer cine moderno. Los bodrios que le gustaban a tu abuela podrían pasar por películas modernas. Ahora resulta que por exponer imágenes movilizadas son artistas.) No pierde un segundo para criticar una imagen y subrayar una de sus frases. (La televisión es para los débiles mentales y para los ancianos. Que quede claro que pertenezco a la segunda categoría.) Sus frases, sus bastonazos. Si pudiera golpearía a bastonazos la televisión. Hoy más que nunca golpearía. Pero no. El abuelo está tendido en la cama sin fuerza, sin ápice de fuerza física para ir al baño, pero critica con la fuerza de Mohammed Alí. Critica y se cansa. Dice «vaya pamplinas, vaya pamplineros», lo observo y pareciera que derrotó a un boxeador. Observa el fragmento de una telenovela, dice que éste es nuestro país naranjero. Dice «país naranjero», se esfuerza en decirlo y pareciera que corrió cien metros. Está agotado, pero cuando el abuelo juzga, hoy más que cualquier otro día, pareciera que es el campeón de boxeo o el velocista ganador de la olimpiada. Critica, sonrío, me voltea a ver. A Emilio Nassar le gusta atacar, lo sabe y lo dice. (La rabia no es útil en la guerra, la rabia sólo es útil en la vida diaria.) Le gusta, le alegra criticar. Es un anciano al que le gusta estar alegre.

Observamos la televisión. Observamos juntos la televisión y veo, otra vez veo, su camisa y sus pantalones. Le pregunto cómo se siente, le pregunto cómo está. Dice que está mejor que nunca. Lo dice y leo su epitafio: Emilio Nassar, estoy mejor que nunca. No hay manera de preguntarle nada. Señala el borde de su cama: «Estoy bien, estoy bien, pero ese resorte está muy mal. Ese resorte se botó de la cama». Destroza con palabras al resorte, pero apenas tiene fuerza para señalarlo. (Me alegra no ser ese resorte, tan imbécil él. Tiene un trabajo sencillo, pero el muy torpe se botó. No puede ser, Emilia, que existan resortes tan idiotas como ése. No puedo tolerarlo. Si giro, si mi peso recae sobre ese resorte, se me encaja en la espalda. Me tiene subordinado, sólo puedo estar en medio, no puedo acostarme en ese

lado. Pero los patos no le tiran a las escopetas, me acuesto en medio, no en el extremo de la cama como aquel resorte me lo pide. Ese resorte incómodo me recuerda a los inmundos mamíferos que no pueden fabricar una cama como debe ser. Si los hombres no son capaces de hacer una cama como debe ser, ¿te imaginas cómo han hecho el mundo que habitamos?) Tiento el resorte como si le diera unas palmadas al hombro a un preso con pena de muerte. El abuelo lo critica al tiempo que intenta aplacarlo sin fuerza. El resorte es un pretexto para despedazar, pues basta que cambie el canal de la televisión para mudar sus catapultas. Basta un hombre anunciando detergente para que el abuelo explote insultando a los productores de jabón y a los productores de hijos. Apenas puedo creer que así, parlanchín, esté acostado, no en un podio. Acostado, bien vestido. Con zapatos, no con pantuflas.

Es sábado, un sábado en que la pasamos bien, pero me corre de su casa. Dice que tiene cosas que hacer. Óscar lo pasará a ver, tiene llamadas pendientes, unas páginas de Proust lo esperan. Antes de que me vaya, me pide que escuchemos un bolero. Me pide que en su nombre beba un chinchón campechano con tres hielos. Cuenta los hielos en el vaso, me autoriza a beber el chinchón, escuchamos Obsesión interpretada por Daniel Santos. Ninguna novedad. La única novedad es que él ya no bebe chinchón, me pide que lo tome como él lo haría de poder hacerlo. Dos, tres boleros más y me corre. Dos, tres tragos de chinchón y me corre. Me despido de él. Lo abrazo. Me duele oír, me duele notar que apenas puede respirar. Me duele, me duele ver que esté bien vestido. Duele ver, en serio duele ver, mientras lo abrazo que su saco está en una mecedora al lado de su cama. Me duele ver el saco. Está listo, todo listo, como siempre estuvo listo. Lo abrazo fuerte. Lo abrazo, le digo que lo quiero mientras veo su saco negro. El abuelo, por primera vez, no tiene fuerza. No puede, de veras no puede extender los brazos. Tengo ganas de llorar, pero lo abrazo. Es obvio: hoy o mañana. Hoy o mañana o tal vez pasado mañana. En cualquier momento. Lo abrazo fuerte. Pero este sábado, sábado por la tarde que el abuelo no tiene fuerza para revirar un abrazo, incluso así, así sin fuerza, me dice: «Te abrazaría si no te quisiera tanto».

35

El abuelo muere.

Ésta no es una frase.

El abuelo muere.

El timbre. Es domingo por la mañana. El timbre vuelve a sonar. Es Óscar. Apenas escucho su nombre y ya sé de qué se trata. Escucho su nombre por el interfón, el tono en el que dice su nombre, y ya sé de qué se trata. Abro la puerta. Lo veo, compruebo el motivo de su visita. Me abraza, lo consuelo. Le pido que no olvide ponerle el saco que está en la mecedora al lado de su cama. Un saco negro. Óscar, en la puerta de mi departamento, dice que nunca dejaba al abuelo cruzar una puerta sin el saco puesto. Óscar anota la dirección de la agencia funeraria. No es necesario, Óscar, sé llegar. Me da indicaciones, los nombres de las calles. Se va.

Llamo a casa del abuelo, me responde uno de mis tíos. Él, dice, se encargará de la burocracia en la agencia funeraria. Pero yo llamo para pedir que le pongan el saco que está en la mecedora a un lado de su cama. Cuelgo el teléfono. Lo único que me importa, lo único en lo que pienso es en el saco negro del abuelo. Un saco negro, de botones negros, que quería usar hoy. Pienso en el saco, pienso en los botones negros de plástico, pienso en el hilo negro que hilvana los botones. Recuerdo cuántos botones tiene el saco.

Es domingo. Domingo, a dos meses de haber terminado con José. Hoy es domingo y se cumple un año de la muerte del abuelo. Es domingo, se cumple un año de su muerte, pero podría ser cualquier domingo. Cualquier domingo o cualquier otro día porque, pese a que se fue un domingo, está aquí todos los días. Así de sencillo, así de claro.

Está aquí como cualquier otro día. Como cualquier otro día lo abrazo. Aunque ¿cómo abrazarlo, cómo abrazarlo nuevamente este domingo, si no lo he dejado de abrazar?

38

Todo flota, el pasado flota.

Nada todo.

39

Y la angustia orilla, a veces orilla la angustia, a contar.

Contar y volver a contar. Lo vuelvo a contar. Salgo de mi departamento a caminar. Camino y me cuento esto. Camino a un año de la muerte del abuelo y a dos meses de terminar con José. Camino y lo cuento. Lo cuento todo otra vez.

Camino, paseo, me desvío. Doy vuelta en una calle, pero podría haber ido por otra. Observo casas, observo edificios. Llego a un parque. Observo los árboles, los arbustos, el pasto. Observo una banca. Un anciano sentado en una banca. Me siento a su lado. Viste un suéter azul marino, una camisa blanca, unos pantalones grises. Lleva puestos unos anteojos de considerable grosor. Un anciano enjuto, de lentes gordos, me observa. Los lentes se le ven desproporcionados, grandes. Parpadea detrás de las lupas. Me pregunta por qué me he sentado en su banca.

El anciano parpadea rápido detrás de los fondos de botella. La gente pide la hora a los desconocidos y eso hago. No hay, de veras no hay, ojos más grandes ni lentes más anchos. Me da, amable, la hora. Me pregunta qué haré con información tan relevante. Le cuento cualquier cosa. Pero, le digo, también podría contarle de mi abuelo y de José, mi ex novio. A mi abuelo le gustaba tomar chinchón campechano con tres hielos y escuchar boleros. A José le gustaba tomar yogur de fresa a la mitad de la noche y escuchar rock. A él, a él que no sé cómo se llama, le causa gracia que le confiese esto, se le resbalan los anteojos, se los lleva al puente de la nariz con el dedo índice. Mirando un árbol, dice que le gustan los boleros.

Las patas de sus anteojos están unidas al armazón con cinta adhesiva. Debe pesar el armazón de pasta, los lentes y la demasiada cinta adhesiva. Me cae bien observar los dos bultos de cinta adhesiva en su armazón. Me cae muy bien él. Parpadea lento. Extiende un brazo, señala el árbol frente a nosotros. Un árbol de jacarandas. Me mira con sus ojos descomunales, me pide que observe la copa violácea frente a nosotros. Dice que es el árbol de jacarandas con más porte en la ciudad de México.

¿Le cuento esto al abuelo? ¿Le cuento esto a José? ¿Le cuento esto a un amigo? ¿A quién cuento esto? Podría contarle a él. Contarle al anciano sentado en esta banca lo que pasó con el abuelo y lo que pasó con José. Contarle a él que ensambló las patas de su armazón con cinta adhesiva. A él que sus lentes le hacen parecer el hombre de ojos más grandes. A él que observa, sonriente, las cien, doscientas, trescientas jacarandas en el suelo. Contarle a él que contempla, tal vez, los distintos tonos de violeta de las jacarandas en el suelo. Contarle ahora que el viento forma un modesto remolino de jacarandas. Contarle. Volver a contar. La angustia hace lo que puede. Contar, por ejemplo, contar.

41

Contar porque quien cuenta algo ha perdido algo.

© 2008, Brenda Lozano

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para:

© 2014, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, México, D.F.

www.tusquetseditores.com

1.^a edición en Andanzas en Tusquets Editores México: febrero de 2009

1.^a edición en esta presentación de Andanzas en Tusquets Editores México: septiembre de 2015

ISBN: 978-607-421-708-7

Primera edición en formato epub: septiembre de 2015

ISBN: 978-607-421-719-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Libro convertido a epub por:

TILDE TIPOGRÁFICA

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

TUSQUETS
EDITORES





EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

